

PONENCIA

LA MUNDIALIZACIÓN EN LA EXPERIENCIA INTERNACIONAL CONTEMPORÁNEA

Montserrat Huguet.
Universidad Carlos III de Madrid

**II JORNADAS DE HISTORIA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES
CONTEMPORÁNEAS
DE LA
COMISIÓN ESPAÑOLA DE HISTORIA DE LAS RELACIONES
INTERNACIONALES**

**FACULTAD DE HUMANIDADES. UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID.
MAYO 2006.**

Introducción.

Los fenómenos propios de la globalización produjeron a mediados de los años noventa el aumento sustancial de la atención por parte de la opinión pública hacia los asuntos internacionales –recientemente denominados mundiales. Con ello se acentuaba una pauta presente hacía tiempo en las sociedades occidentales, que expresaba un cierto estancamiento del interés por la política particular de las naciones, en tanto que ella no tuviera alguna implicación global.

En relación con este fenómeno, las tendencias historiográficas recientes verificaban el creciente afán por contar y enseñar la Historia desde una perspectiva estrictamente mundialista¹. Siendo esto así, a comienzos del siglo XXI, y en razón del reconocimiento de que la historia de la Humanidad se circunscribe a una dimensión mundial, no nos cabe sino volver a considerar la pertinencia de la Historia de las Relaciones Internacionales contemporáneas en tanto disciplina académica diferenciada. Nacida como rama de la Historia al hilo de la especialización de la materia, hoy resulta obvio que no está de más revisar

¹ Prueba de ello son los numerosos estudios de conjunto aparecidos en España a partir de la década de los años noventa, síntesis, solo en algunos casos bien meditadas, de un tiempo contemporáneo en el que lo mundial se antepone a cualquier otra dinámica histórica. Se comprenderá la dificultad de reseñar en esta nota la bibliografía más reciente al respecto, con todo, y por indicar el título de alguna síntesis valiosa en español, indico las siguientes: ARÓSTEGUI, J., BUCHRUKER, C. Y SABORIDO, J. (Dir): *El Mundo Contemporáneo. Historia y Problemas*. Barcelona, Biblos/Crítica, 2001. VILLARES, R., BAHAMONDE, A: *El mundo contemporáneo. Siglos XIX y XX*. Madrid, Taurus, 2001. No hace falta más que un paseo por las webs para comprobar el enorme filón informativo que, bajo la denominación de *Modern World History*, acogen.

las condiciones históricas y académicas en las que se desenvuelve su enseñanza e investigación.

Para identificar a la sociedad actual como sociedad internacional es preciso que observemos las singularidades históricas de nuestro tiempo histórico reciente. Definida la sociedad actual como sociedad tecnológica, también como sociedad digital -en alusión a la superación del modelo analógico- las formas específicas de la organización del trabajo, la política, la familia, la religión.... así como la contracción del tiempo y el espacio, expresarían la emergencia de un horizonte sociocultural nuevo, que poco tiene ya que ver con el surgido en el comienzo de la contemporaneidad y cuyos rasgos bien pudieran ser los que siguen.

En primer lugar, la nueva totalidad a la que hace referencia la mundialización ha de ser entendida, más que como la suma o agregación de las partes que interactúan en ella, como un nuevo escenario u horizonte sociocultural. Así, el sistema social conformado por el individuo, la familia o el Estado dejaría paso a una organización basada en la información y, quizá, en el conocimiento. El digitalismo, frente al capitalismo tradicional más o menos estático o evolutivo, hace posible, en tanto herramienta, un dinamismo sin precedentes. En los procesos económicos de la sociedad digital se están alterando más los medios que los fines, siendo aquellos lo esencial en la nueva economía, que está basada en los flujos de información y que ya no tiene como fundamento la energía, el comercio, la agricultura, la industria o la banca. Se trataría pues de entender que, a juicio de quienes auguran un futuro concebido en torno a los problemas del crecimiento, la economía, expandida en lo inmaterial carece de límites, ya que su actividad se sustancia a partir de cualquier elemento imaginable, incluido el activo que representa la percepción anticipada de los fenómenos que enrarecen los flujos y la capacidad de dar respuestas originales a los mismos.

De lo dicho anteriormente resulta lógico inferir la enorme incidencia que adquieren las transformaciones tecno-científicas en aspectos tradicionales de la historia, tales como los modos empleados por el hombre para hacer la guerra o edificar la paz, esto es, en la relación que vincula el protagonismo de la tecnología con la sociedad mundial². A la sombra aún proyectada por las guerras centrales del siglo XX, en un contexto cambiante e inestable que combina lo próximo y lo lejano, en un mundo en que los centros de poder están *interconectados* y deslocalizados, el orden mundial se viene sosteniendo aún por medio de un conjunto de organizaciones y asociaciones, muertas o renacidas a interés de los problemas de la agenda mundial. Por grande que sea el peso de las decisiones que adoptan los representantes de las ciudadanías nacionales ante las dificultades sobrevenidas, los individuos carecen aún de un control efectivo sobre

² Resulta aleccionadora la lectura de algunos ensayos clásicos relativos a la influencia de las ciencias en el mundo moderno. Véase por ejemplo, el clásico de WHITEHEAD, A.N.: *Science and the Modern World*, New Cork, Mentor, 1948, cuando dice refiriéndose a la guerra mundial y a los usos tecnológicos aplicados en la misma que: "The essence of dramatic tragedy is no unhappiness. It resides in the solemnity of the remorseless working of things." (...) "This inevitableness of destiny can only be illustrated in terms of human life by incidents which in fact involve unhappiness. For it is only by them that the futility of escape can be made evident in the drama." p. 17.

ellas. Los procesos democráticos globales garantizan sin duda la participación en la toma de decisiones pero alejan a la opinión, por la dilatación en el tiempo que exige el funcionamiento adecuado del sistema, del brazo que las ejecuta. De ahí, la percepción de impotencia que tiene el hombre contemporáneo que, siendo por derecho parte de todo, no llegará a tomar decisiones importantes en nada.

Si por un lado el conflicto, la guerra y la violencia parecen identificar a juicio de historiadores y ensayistas, la naturaleza del siglo XX, y con ello propician el protagonismo de la historia de las relaciones entre los Estados que promueven, sustentan y albergan dichos comportamientos y tendencias, por otro, cabe plantearse el margen de singularidad con que el siglo XX hace propios unos comportamientos humanos que, históricamente hablando, son sin embargo rastreables en todas las civilizaciones, culturas y sociedades. En muchos casos – menos de los que se piensa- el concepto de guerra clásica ha sido superado. Casi nunca afectan las guerras tan solo a los ejércitos, dicen quienes saben de esto³; de tal modo que a comienzos del siglo XXI las claves de los conflictos han cambiado por completo. Hoy el empequeñecimiento del mundo se observa precisamente en que aquello que ocurre en un sitio determinado tiene repercusión a la vez en casi todos los lugares del planeta y en que los preceptos del riesgo, la amenaza y la seguridad se socializan mundialmente. Menuda suerte. No obstante y casi en contrapartida, el siglo XX y en concreto la segunda mitad del mismo han hecho posible que los grupos humanos avancen en un terreno menos vistoso aunque igualmente contemporáneo al de la confrontación, la cooperación a gran escala.

La perspectiva mundialista de la historia más reciente esgrimió además en la década pasada la causa del cosmopolitismo. Desde esta perspectiva internacionalista se señalaba, entroncando con el clásico idealismo del periodo de entreguerras, que la humanidad era el principal actor de las políticas de seguridad. El cosmopolitismo, esa convicción defendida particularmente por los estoicos, según la cual todos los seres humanos nos consideramos semejantes y damos por hecho que las nociones de pueblo, nación o raza no son sino impedimentos para la vida, proponía una ampliación de la noción de internacionalización que respondiera a la evolución real del curso de la historia acaecida a partir de las décadas centrales del siglo XX⁴. Nada más

³ KALDOR, M.: *Las nuevas guerras: violencia organizada en la era global*. Barcelona, Tusquets, 2001.

⁴ La insensata intensidad y desconocimiento con que se usó el término en los noventa llegaría a desgastar su significado, situándole, a comienzos del nuevo siglo, en una posición poco ventajosa. Así, en una entrevista reciente hecha a uno de los principales difusores del término en tiempos recientes, Ulrich Beck decía que su cosmopolitismo podría ser entendido como “realista, autocrítico y escéptico”. Ver la entrevista a Beck realizada por Carlos ALFIERI: *Revista de Occidente* n° 296, enero 2006; con motivo de la edición en castellano del libro del autor: *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*, Barcelona, Paidós, 2006. En él Beck apunta que, a diferencia de los internacionalismos contemporáneos, el cosmopolitismo surge, no de la teoría política o filosófica, sino de la experiencia impuesta por los cambios históricos. En el actual *nadie* puede ser excluido, todos estamos inmersos en un mismo ámbito. No hay *universalismo* teorizante en esta visión del cosmopolitismo; antes bien, lo que defiende es un modo de integración de lo diverso, en el que no pueden faltar los conflictos que pueda suscitar. Beck vincula su

desconcertante para la tradicional ortodoxia soviética que atacaba al cosmopolitismo, incompatible –decía– con el *internacionalismo proletario*– por ser una *tesis burguesa* que exhortaba a renunciar a los sentimientos patrióticos, a la cultura y a las tradiciones nacionales, expresando la tendencia del imperialismo al fatídico dominio del mundo⁵. Nunca lo internacional y lo mundial han estado más desagregados. Sin embargo, en el mundo real, que no en el de los diccionarios, la reaparición de la idea cosmopolita en los últimos tiempos guarda un vínculo incuestionable con el fenómeno de la globalización económica, siendo así que en ocasiones tiende complementarla y en otras, por el contrario, a servirle de contrapeso en sus implicaciones más desastrosas, apremiada por las condiciones particulares del mundo contemporáneo reciente.

¿Internacionalización o simplemente una respuesta teórica adecuada al mayor grado de *interconectividad* existente en la así llamada sociedad mundial? La democracia cosmopolita del nuevo milenio, que representaría probablemente al siglo XXI lo que el Estado Moderno fue al siglo XVII, daría a la ciudadanía del mundo los beneficios de la *multipertenencia*⁶ a espacios y comunidades varias, así como un mayor grado de autonomía para que las personas pudieran relacionarse entre sí al margen de las naciones y sus Estados.

La historización pues de la experiencia internacional contemporánea demanda a mi modo de ver la consideración de un marco de estudio global que tenga en cuenta la naturaleza mundial de nuestra historia reciente. Como todos sabemos bien, el enfoque internacionalista de la historia contemporánea logra la condición de ciencia precisamente por el uso de los métodos y de las herramientas de la Historia. Con ellas, la mirada internacionalista de la historia mundial se fija precisamente en los problemas que son históricos, proponiendo una temporalidad amplia y flexible –afin a los cambios de orden planetario– que es en definitiva la que rige los tiempos de la historia internacional. Teniendo en cuenta estos breves argumentos, reconozcamos alguna de las singularidades específicas de la sociedad internacional contemporánea.

En primer lugar, aparece constante y acelerado su natural dinamismo. Las paradojas que esta actividad produce acaban insertándose en el sistema general con enorme facilidad. Por el contrario, y en segundo término, resulta difícil

tesis a otra más antigua, también de su propiedad, la famosa teoría de la sociedad del riesgo (*La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós, 1986): en la sociedad cosmopolita es factible que cualquier fenómeno calamitoso, por muy localizado que se halle, tenga repercusiones inauditas.

⁵ *Diccionario soviético de filosofía*, Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, 1965, p.89.

⁶ RACIONERO, L.: “ (...) *Se puede y se debe ser a la vez localista y globalista, de la Seo de Urgel, catalán, español y europeo; vivir en Nueva York sin dejar de ser ampurdanés. Así se resuelve la falsa oposición creada entre nacionalismo y cosmopolitismo, que viene de la reacción alemana a la Revolución Francesa (...)*”, en *La Vanguardia*, 8 de diciembre de 2003. Propone que esta multipertenencia es algo inevitable cuando un sistema evoluciona hacia un nivel de complejidad mayor. El uso de la doble herencia de la Ilustración y del Romanticismo daría perfecto sentido a nuestra capacidad contemporánea para compartir espacios de mentalidad y de actuación en realidad opuestos.

mantener vivo el espíritu de equilibrio que impregnó con gran firmeza en sus orígenes a la ingenua y geográficamente limitada sociedad internacional de otros tiempos. Desde la mirada de la historia en su conjunto, la Sociedad Internacional no se ha caracterizado nunca por el estatismo, ni siquiera cuando las coyunturas podían ser favorables a él. Su transformación a lo largo del tiempo se ha producido siempre a ritmos diversos. Si la naturaleza del tiempo histórico en el mundo contemporáneo se nos presenta como algo novedoso, no es nueva sin embargo la percepción de que la referencia histórica del acontecer requiere de una perspectiva integrada y planetaria. En tercer lugar, la cuestión de los actores, que otras disciplinas, como la Política o la Sociología, resuelven con relativa sencillez en razón de las teorías y modelos construidos a priori, deviene en un asunto complejo. Dicha complejidad demanda por ello que hagamos uso de las fuentes más variadas; no sólo son indispensable las documentales, de naturaleza política y diplomática, o los cuerpos jurídicos; necesitamos también las fuentes que nos proporcionan la información relativa a los asuntos de la cultura y el pensamiento, a la organización de la vida en general.

1. Narrando el Mundo.

La Historia del Mundo surgió en la historiografía occidental del esfuerzo por determinar el factor común en la historia de la humanidad de todos los tiempos, superando el modelo de una Historia Universal como narración de suma o yuxtaposición de los esfuerzos individuales de las diferentes civilizaciones en la historia. Tal vez sea la relativa a la historia mundial la noción más teórica y susceptible de interpretaciones historiográficas, ya que su objeto de estudio no ha sido otro que el hombre en relación con el medio⁷. En el siglo XX, los avatares de la historia occidental durante el periodo de entreguerras, la crisis de la modernidad y el sentimiento de incertidumbre expresado por las opiniones públicas occidentales hicieron posible el avance de la historia mundial, frente a la historia universal, fundamentada esta en una división cronológica por edades y en un eurocentrismo carente de sentido en la segunda mitad del siglo XX y en consecuencia en retroceso. El historicismo había aportado a la Historia un conjunto de ideales universales y éticos identificados con la cultura europea que la barbarie de las guerras y el imparable proceso de mundialización se encargaron de minimizar⁸. Al mismo tiempo, la historia europea reciente ponía en evidencia la importancia de los acontecimientos presentes para la construcción de la historia mundial: el presentismo recuperó el espacio perdido en las historiografías.

⁷ BARRACLOUGH, G.: "Historia", en FREEDMAN et alii: *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales*, Madrid, Tecnos-UNESCO, vol. II, 1981, pp. 495-496.

⁸ Los trabajos de SPENGLER, O.: *La decadencia de Occidente*, Ed. 1918-1922, y de TOYNBEE, A.J.: *Estudio de la Historia*, Ed. 1934-1946, pese a las críticas de que fueron objeto, contribuyeron a minar los planteamientos de la Historia Universal, considerada objetiva y eurocéntrica, dando valor a los acontecimientos presentes en tanto instrumentos de análisis de la Historia Mundial.

Aunque presente desde los orígenes de la historiografía contemporánea, en paralelo a la consolidación de los planteamientos de la Historia Universal, la irrupción de la Historia referida al Mundo fue lenta y difícil. Hasta bien entrado el siglo XVIII, los conocimientos históricos pasaban por ser el presupuesto empírico de todas las ciencias. Cada ciencia tenía su Historia. Por lo que al conocimiento empírico se refiere, la Historia trataba de lo individual, de lo particular, mientras que las Ciencias y la Filosofía apuntaban a lo universal. De la Historia formaba parte tanto la investigación de la naturaleza como la de los hombres y sus acciones. Para el presente, la Historia se apoyaba en la experiencia propia, para el pasado, en la experiencia ajena. Por lo que hacía a la naturaleza física, la Historia se encargaba de describirla, mientras que la narración constituía el método de exposición de las cosas de los hombres. La doble perspectiva temporal –tiempo largo y tiempo corto– constituía sin duda un problema en la historización de ambos contextos, el natural y el humano, que durante el siglo XVIII fue abordado de diferentes modos. Cómo describir las cosas duraderas no era ni mucho menos el mismo asunto que narrar los acontecimientos –y las Revoluciones demostraban a la perfección la naturaleza de este tiempo convulso.

A finales del siglo XVIII la historia natural, proclive a los cambios lentos, y la historia de los hombres, susceptible de agitaciones puntuales, hubieron de quedar momentáneamente separadas. La Historia por antonomasia trataba de los hombres y sus sucesos. Sin embargo, desde la perspectiva de una historia en el sentido moderno, la naturaleza, fuerza viviente y dinámica, también era susceptible de ser historizada. De modo que se hizo patente la búsqueda de una historia de la naturaleza temporalizada, explicable por medio de leyes causales. No tardaron en llegar los tiempos de las teorías evolucionistas, que hacían de la historia guía y motor de la investigación de la naturaleza. Desde la historia de la naturaleza podía establecerse la conexión y la permanencia, el enlace de lo individual con un todo: un todo conexo y evolucionando en el tiempo. Durante el siglo XVIII se hacía uso indistinto de los vocablos, Historia Universal e Historia Mundial, lo que significa que durante un tiempo coexistieron ambas interpretaciones. La transición del primero al segundo se produjo de manera pausada, sin grandes quiebras. Sin embargo, el avance de la conquista de tierras de ultramar, al incorporar y registrar nuevas y heterogéneas experiencias, hizo insostenible el mantenimiento de dicha unidad, el orden estable que el Cristianismo representaba. Así, en el siglo XVII se había comenzado a utilizar la expresión *Historia del Mundo*, tal vez siguiendo el antiguo modelo de la *History of the World* (1614) de Sir Walter Raleigh. En el *Essai sur l'histoire générale et sur les mœurs et l'esprit des nations depuis Charlemagne jusqu'à nos jours* (1756), conocido en español como *Ensayo de una historia general del mundo*, Voltaire trataba de desacreditar a la providencia, apreciándose ya un cambio conceptual notable. Con la Historia del Mundo se pretendía pensar las principales transformaciones del Ecúmene, con el objeto de conocer su estado en sus motivos. La Historia abandonaba el estadio de ciencia auxiliar de la Teología y la Filosofía, su condición de mera amalgama de datos.

El nuevo sistema, el de la Historia del Mundo, criticaba la suma de historias especiales expuestas al modo de Historia Universal, por considerarla un simple agregado. Se distinguía de esta en dos terrenos fundamentales. Espacialmente hablando, carecía de fronteras, se refería a todo el globo terrestre;

temporalmente, abarcaba a toda la Humanidad, de la que era preciso conocer sus relaciones mutuas en todo tiempo y explicarlas en relación al presente. Al concebirse como sistema, la Historia del Mundo elevaba su nivel de abstracción y adquiría pretensiones de realidad más elevadas. Podría decirse que se acercaba o hasta se convertía en una suerte de filosofía. La Historia del Mundo se fijaba en las causas pequeñas y grandes y sobre todo en que la conexión real de los eventos debía distinguirse de la temporal, de manera que una conexión no pudiera reducirse a la otra aunque todas se condicionasen mutuamente. Así las cosas, uno de los principales escollos de la Historia del Mundo resultaba de la dificultad en la exposición, que requería ciertamente el reconocimiento de la interdependencia global de las historias modernas. Para poder articular la Historia del Mundo según criterios inmanentes, los puntos de vista cronológicos y sincrónicos tenían que complementarse mutuamente. En la nueva Historia del Mundo se evaluaba el significado de los pueblos, principales y secundarios, pero nunca el de los grandes hombres y los reyes. Al advertirse la Historia del Mundo como aquella de los grandes sucesos que afectaban a los pueblos y a su relación con el Estado, la Política, las Artes, la Cultura... se incorporaba un elemento hasta entonces nunca considerado en la Historia. Esto es, que la Historia del Mundo solo es posible como experiencia moderna. Se produjo pues la constatación de la singularidad, frente al tiempo antiguo, del tiempo histórico moderno, cuyos rasgos históricos eran el conjunto de transformaciones internas – las revoluciones- y la expansión europea por todo el orbe conocido. Cada vez más enmarañadas las relaciones mundiales, ya no era lógico escribir las historias de los Estados individuales ya que las conexiones reales afectaban a todo.

Ciertamente, lo que en realidad servía para constatar un fenómeno netamente europeo, la mundialización, fue falsamente concebido como Historia del Mundo. Esta visión de historia europea, occidental siendo generosos, como Historia mundial, no fue puesta en tela de juicio hasta bien entrado el siglo XX. La perspectiva de la historia como Historia del Mundo, cuyo sujeto hipotético era la Humanidad, gozaba del ámbito que le proporcionaba el futuro. Si la noción de progreso vino a dar entidad a la Edad Moderna frente a las edades antiguas, el criterio de totalidad espacio-temporal hizo lo propio con la Historia del Mundo en la contemporaneidad: todas las historias existían insertas en una Historia del Mundo y cada cual era posible tan solo en su relación con ella. El nuevo concepto de la Historia del Mundo había alcanzado una pretensión de totalidad que excluía los modelos explicativos en competencia con él. Es estimable que, ya en el siglo XX, primero desde una perspectiva claramente europea, después con una dimensión mundial propiamente dicha, el horizonte dibujado durante el siglo XVIII sobreviviera y se actualizara. Henri Berr, en su proyecto *La evolución de la Humanidad* (1920), situó las coordenadas de la Historia del Mundo que hoy manejamos. La idea de Berr era que los acontecimientos históricos recientes habían conducido a su época a la categoría de civilización mundial, es decir que la unificación de la Historia de la Humanidad tenía finalmente una proyección histórica. La escuela de Annales se ocuparía de identificar los factores de la mundialización en la historia, para lo cual hizo uso del método interdisciplinar, de la asunción sin trabas de pluralidad de enfoques y del estudio de los ritmos en que se producen las transformaciones históricas. Así, desde mediados del siglo XX, la Historia referida al Mundo pudo abordar básicamente dos tipos de cuestiones: el estudio de los factores históricos que han provocado la unificación,

esto es, la mundialización de la historia, y las perspectivas de futuro en relación con los procesos presentes de las transformaciones en curso.

La irrupción en el último tramo del siglo XX de los procesos de planetarización y de globalización -fuerzas mundiales cambiantes por excelencia- al imponer las condiciones de una nueva forma de modernidad que afecta a los hombres y al medio, están siendo, como lo fueron en su momento las grandes transformaciones socio-económicas y políticas de la naciente era mercantil e industrial, los responsables de que la Historia del Mundo, asida a un fuerte aparato reflexivo, vuelva a desbancar a los enfoques de la vieja Historia Universal, suma de partes o de individualidades, muy proclive a fortalecerse en tiempos de fragmentación. En este marco teórico el estudio de la vida internacional de los hombres y de las naciones solo puede ser abordado desde la aprehensión. Es por ello que, con la mirada puesta en la Historia resulte hoy extraña cuando no falta de operatividad, la diferenciación de unos estudios internacionales propiamente dichos.

Por todo lo dicho, la historia contemporánea sólo puede ser estudiada adecuadamente como historia mundial⁹. Esta sencilla pero lapidaria afirmación expresa un parecer ampliamente compartido por la historiografía occidental en la segunda mitad del siglo XX. Los orígenes de tan contundente aserto tienen amplia razón de ser en la evolución y destino de las en otro tiempo potencias mundiales que, como la británica, aspiraban a perpetuarse haciendo uso de una historiografía apropiada. En cualquier caso ya vimos que la historia contemporánea hubo de dar el paso definitivo para afianzarse y en el camino de la autoafirmación quedó transformada en una historia del Mundo. En la media en que seamos capaces de observar el Mundo veremos que sociedad actual, a caballo entre lo inmediato y tangible y lo lejano y virtual, viene configurándose como tal a lo largo del siglo XX, pero muy especialmente en su segunda mitad. La Historia del Mundo que hagamos habrá de reflejar el proceso de conformación de éste, nuestro mundo actual. Si la perspectiva de estudio para las grandes cuestiones del siglo XIX y en alguna medida primeras décadas del siglo XX sigue siendo eurocéntrica, el enfoque del XX en su conjunto y de sus cinco últimas décadas en particular es sin embargo, cada vez en mayor medida, básicamente mundial. En los años sesenta la Historia política y de las Relaciones Internacionales se convirtió en el centro de la disciplina. La intensidad y aceleración con que se producían los acontecimientos de índole extranacional, fue interpretada por la historiografía occidental como la razón principal que daba sentido al estudio de los procesos de cambio en curso. Así pues, la Historia del Mundo se ubicó con entera naturalidad en el seno de la Historia Contemporánea, época en la que, desde la mitad del siglo XX, se consolidaba la unificación de la Historia. La escena internacional, y los fenómenos a ella referidos -las crisis políticas y diplomáticas, la ampliación de los escenarios del conflicto, los debate sobre la energía y los recursos naturales, el nacimiento de formas e instituciones para la cooperación- dieron sentido pleno a la unificación disciplinar, enriquecida a posteriori con otras perspectivas tales como los estudios de historia económica y social. La crisis de civilización contemporánea habida los años setenta, que expresa el tránsito desde una sociedad industrial a una sociedad de la

⁹ THOMSON, D.: *Historia mundial, 1914-1968*, ed.1969.

información y del conocimiento, terminó de liberar a la Historia mundial del corsé impuesto por los enfoques tradicionales de la Historia.

Cuatro perspectivas fundamentales iban a abrirse paso paulatinamente en el desarrollo conceptual de la Historia del Mundo. La primera de todas, la urgencia de definición exigida por la noción de cambio, a raíz de la aceleración del tiempo histórico desde la mitad del siglo XX. La segunda, la nueva lectura de los tradicionales agentes históricos y de los nuevos: los llamados *otros sujetos*: la marginación y el género femenino, la infancia y el medioambiente, las minorías culturales y religiosas, los desplazados y los emigrantes.... La tercera de las preocupaciones, la identificación de los nuevos observadores y de las miradas, aquellas legitimadas éstas por el control de los poderes fácticos y por los canales de comunicación e información; actores y espectadores al mismo tiempo, en expresión de la fusión singular de ambas condiciones. Finalmente, y en cuarto lugar, la preocupación por identificar el sesgo de fragmentación acrecentado desde la mitad del siglo y plenamente configurado en su última década, una suerte de complejidad y caos que no lo es tanto¹⁰.

2. Una Historia Mundial y.... cambiante¹¹.

Todas las disciplinas se definen, bien por su materia, ámbito u objeto de estudio –véanse la Biología- bien porque buscan principios a través de procedimientos mentales rigurosos, con el fin de crear un mundo de significados –es el caso de la Filosofía y de las Matemáticas. La Historia, es bien sabido, no se define por ninguno de ambos supuestos. Carece de territorio o de principios propios, elige su materia de estudio a partir de cualquier dominio de la experiencia humana, interesándose ora por pequeños episodios puntuales, ora por fenómenos comprensivos que tienden a la totalidad. En el decorado de la historia, los historiadores dibujan el tiempo, una noción que a menudo se confunde con el pasado¹². Ciertamente el mandato del tiempo y la naturaleza y aspectos del cambio son los objetos específicos de la Historia. Si algo maneja con rigor la Historia son las fechas, que localizan y miden el tiempo, que se convierten en lugares de cita de la memoria común. Se podrá abordar una cuestión, referida al tiempo, desde la mayor de las simplicidades lineales, construyendo así una metáfora del tiempo, determinada y precisa, o bien haciendo propia una variedad de vectores temporales que produzca una lectura densa o compleja. En cualquiera de ambos casos, la Historia gira en torno a una convención elemental, a saber: que unas cosas suceden antes, al mismo tiempo o después que otras. De este modo, la Historia no permite que su objeto de estudio elegido se mantenga y crezca de modo autónomo. Utilizando el contexto de la serie temporal, buscará significados que relativicen unos objetos con respecto a otros. Esto significa que la fidelidad de la Historia con respecto al objeto de estudio se nutre de la

¹⁰ LEWIN, R.: *Complejidad. Caos como generador de orden*, Barcelona, 2002.

¹¹ HUGUET, M.: "Historia coetánea, historia planetaria: la Historia del Mundo Actual", en *Actas del Primer Congreso de Ética y Filosofía Iberoamericana*, Celebrado en Alcalá de Henares, Septiembre, 2003.

¹² LEWIS GADDIS, J.: *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*, Barcelona, 1994.

capacidad del mismo para tejer un modelo de cambio verosímil, que es lo que en realidad le interesa a la Historia.

Recordemos que los antiguos no etiquetaban el tiempo. Su visión “circular” del tiempo les evitaba la historia. Desde una perspectiva del “eterno retorno” no hay proceso histórico en el que lo anterior explique lo posterior. El Cristianismo introdujo una visión cosmogónica, la existencia con un principio y un final. La llegada de Xto es el momento cero. En la Edad Moderna, en el progresivo proceso de secularización, la línea de la historia pierde su principio y su final. Se introduce un corte o cesura que rompe con todo lo anterior. Lo moderno es la idea de ruptura con el tiempo. A mediados del siglo XVIII, las implicaciones de sentirse moderno para la historia suponen que deja de estudiarse “la historia”. La historia ya no es singular, deja de ser la maestra de la vida. La historia se muestra como un proceso, cuya investigación nos indica que el tiempo tiene su importancia. Comienza a etiquetarse el tiempo. A considerarse que las “cosas antiguas” deben estudiarse, se introduce la noción de distancia ante la historia. Su práctica científica. Se pueden averiguar las leyes de la historia, planificarla.

Se introduce la noción de “hacer la historia”. El presentismo cae en descrédito. La flecha de la historia va hacia delante y hacia arriba, es el progreso. Un progreso que tiene muchas facetas: la científica, la técnica, la social, la moral... Se piensa entonces que el posible una lectura “universal” de la historia. Todos los pueblos van en el mismo barco, tienen como objeto la misma empresa. El problema, se advierte enseguida, van a ser los ritmos, lo desacompañado de los ritmos. Mientras el progresista¹³ colabora con el tren de la historia, el reaccionario frena el tren de la historia. El progreso es una categoría de la historia bien vista, desde la que se miden las perspectivas de futuro anticipándose a las mismas. Al mismo tiempo, el progreso supone una medida en el ritmo de la historia que hace referencia a lo que no es progreso¹⁴. Cada tiempo, cada época se convierte en una etapa de transición. La vida de las gentes del pasado tiene el sentido de mejorar la existencia de las del presente y así sucesivamente. La historia se incorpora, pues, al imaginario colectivo como un referente. Cada acontecimiento se explica en función de los demás, dentro de la línea. La historia “juzga” las acciones de los hombres. En este contexto, ¿cómo entender el tiempo histórico? Recordemos que durante los siglos XVIII y XIX, bajo las condiciones de comprensión propias de la era newtoniana, el tiempo es cuantificable. Es algo vacío y homogéneo, externo a las cosas. Es el receptáculo en el que se colocan los acontecimientos. El tiempo avanza por sí solo y los hombres nos dejamos llevar por él.

En el presente, la percepción de la fragilidad de su tiempo histórico ha terminado por incorporarse al ser vital del hombre contemporáneo, que ha tenido que aprender a crear las herramientas adecuadas con que adquirir certezas. Las estructuras del tiempo en la sociedad presente son únicas en la historia, lo cual

¹³ NISBET, R.: *Historia de la idea de progreso*, Barcelona, 1981.

¹⁴ ¿Cabe pensar en un futuro desligado de la idea de progreso?, VERA, J.M.: “Utopía y pensamiento disutópico”, en ROCA, J.M. (ed.): *La izquierda a la intemperie, Dominación, mito y utopía*, Madrid, Los Libros de la Catarata, pp.121-132.

perjudica su comprensión¹⁵. Frente a otros momentos de la Historia, ya en el siglo XX era el porvenir el que daba sentido al pasado¹⁶. Se disolvía la certeza de que es el tiempo huido el que ilumina el porvenir. A la vez que la producción de los bienes materiales se masificaba para ser objeto de adquisición por parte de todos, el usuario se transformó en consumidor, y la cultura y las formas artísticas se democratizaron y para adoptar un cariz perecedero, inhabitual hasta este siglo¹⁷.

Así, los objetos tecnológicos maduraron como productos de fácil y rápida fabricación y consumo para el mayor número posible de personas. Los rasgos de una sociedad crecientemente tecnológica, en la medida en que afectaron a la vida cotidiana del hombre occidental, cambiaron su percepción de la existencia y le instalaron, como hemos señalado, en la incertidumbre de forma plena y comúnmente aceptada. Paradójicamente, la creencia en lo presente, en la singularidad como historia de la vivencia cotidiana, fue intensificándose de forma simultánea a la irrupción de la idea de que para construir historia era preciso alejarse temporalmente de los acontecimientos.

Algunos autores han observado que el rasgo más sobresaliente de los tiempos que corren es el renovado interés por el ser humano y su historia, siendo la gestión de la memoria el tema estrella en todo este asunto. Lo cierto es que en un mundo que percibe su propio destino dentro de unas claves esencialmente tecnológicas y económicas, el pasado constituye una base de partida, un activo que renta beneficios y del que no cabe prescindir. Nuestro *presente extendido*, lo es en la medida en que sus tentáculos abarquen aquello que nos es útil para afrontar las decisiones del presente y no entorpezcan la planificación del futuro.

Las ciencias naturales prestan a las ciencias del hombre herramientas sencillas para hacer frente a tanta confusión aparente: nunca más podrá el conocimiento mostrarse, como hasta ahora, desagregado¹⁸, dicen los expertos. Tampoco podrá ya nunca más hablarse de un territorio incierto, el de las ciencias humanas, frente a otro, habitado por las ciencias naturales, dominado por la certeza y la seguridad. Hoy esta dicotomía no resulta eficiente, si bien, antes que la distribución equitativa del conocimiento en esas celdas celosas de guardarse a sí misma, quizá debiera preocuparnos la cuestión de para qué va a servirnos en el futuro el conocimiento que con tanto mimo pretendemos atesorar o gestionar hoy.

¹⁵ RAMOS, R.: *Tiempo y sociedad*, Madrid, siglo XXI, 1992.

¹⁶ KOSELLECK, R.: *Futuro pasado. Contribución a la semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

¹⁷ INGLEHART, R.: *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Madrid, 1991.

¹⁸ Pensemos que a finales de los años cincuenta se acuñó con éxito el término de las “dos culturas” para referirse a las ciencias naturales y a las humanas. Mientras la “intelectualidad” estaba adscrita a la cultura humanística, la científica en cambio formaba parte del aparato técnico que rige los gobiernos. Eran los descubrimientos científicos los que modelaban el futuro, mientras que los humanísticos quedaban adscritos a la esfera de la representación. Véase la clásica obra de SNOW, C.P.: *Las dos culturas y un segundo enfoque*, Madrid, 1977. Para evaluar la visión más moderna de la unidad del conocimiento: WILSON, E. O.: *Consiliencie. La unidad del conocimiento*. Barcelona, 1999.

¿Estamos eligiendo con sentido práctico aquello que merece la pena conocer y preservar?

Aún así, al cambio¹⁹ sigue siendo la cuestión de la historia a la que seguimos rindiendo culto con mayor fervor. El hombre actual se doblega ante el cambio, la mudanza permanente, la de su entorno, que es más rápida que la de su propio ánimo. Asistimos a un creciente interés por el conocimiento de las revoluciones, de las crisis económicas, por el auge y caída de las potencias, alias “civilizaciones, y abordamos estas cuestiones desde una tipología de análisis teóricos que poco tienen que ver con el humanismo clásico. La teoría de catástrofes o la ciencia de la complejidad se postulan como herramientas del conocimiento del hombre. La matemática, la física, la biología prestan auxilio a la construcción de la historia a la vez que dichas ciencias comienzan a entender que su verdadero sentido es el ser humano. Satisfechas las necesidades materiales, el individuo recalca en el círculo más íntimo de la persona.

El ser humano se inclina cada vez más a asumir el cambio como un estado permanente en su vida. Nos domina el amor por lo nuevo, la *neofilia*²⁰. La expresión educación continua, instalada plenamente en nuestro contexto socio-histórico, responde precisamente a la pretensión de imprimir en nuestras vidas líneas de coherente continuidad en el cambio, por medio de la readaptación, el aprendizaje, el reciclaje. Persistimos en construir nuestras biografías, en dar coherencia a nuestras vidas, en explicárnoslas y en explicárselas a los demás como si el azar o la contingencia, fuesen irrelevantes, y nuestra biografía, el fruto de una voluntad de coherencia suprema instalada en la resistencia a la normalidad que siempre supone el cambio.

Una segunda constatación nos dice que el último tercio del siglo XX se ha vivido desde una perspectiva de crisis en la que el sentido de las fracturas parece haberse localizado en esta última década. Los enfoques de la mencionada incertidumbre finisecular bien podrían ser, por un lado, la indefinición persistente del orden mundial; por otro, la expresión de nuevas formas, escenarios y tiempos de los conflictos, que carecen aún de una comprensión adecuada, ya que las antiguas epistemologías o enfoques comprensivos utilizados hasta hace poco fueron perdiendo los referentes históricos, quedando obsoletos en la comparación y tipificación. En tercer lugar, la implantación, admitamos que en periodo de transición, de una sociedad tecnológica que, en convivencia aún con las formas de vida de las sociedades preindustriales e industriales, propugna un escenario intangible en el que el desarrollo de la vida humana está viendo alterados los principios materiales, espaciales y temporales por los que hasta hace poco tiempo ha venido rigiéndose.

A estas tres formas de fractura debemos añadir algunas otras que por sí solas no tendrían suficiente entidad, puesto que crecen a la luz de la indefinición del sistema mundial y del protagonismo pujante de las economías planetarias.

¹⁹ GIL CALVO, E.: *Nacidos para cambiar. Como construimos nuestras biografías*. Madrid, Taurus, 2001.

²⁰ MOLINA, D y FERNÁNDEZ, J.: *Cibersociedad y ciencias humanas: el caso de la Historia Actual*, Rev. Textos de la Cibersociedad, nº9, 2006. <http://www.cibersociedad.net>.

Hablamos de la progresiva y forzosa reordenación de los recursos humanos y materiales, del trabajo a escala mundial, así como de la tensión entre el viejo concepto de identidad y la fuerza contemporánea de la transnacionalidad, que produce modos simultáneos de pertenencia.

Si tuviéramos que identificar los rasgos que generan las incertidumbres en las últimas décadas, señalaríamos ante todo el de la coetaneidad que las gentes viven como historia²¹, en un afán precisamente por retener el tiempo y aminorar el vértigo de la incertidumbre. Esto conduce a la tendencia genérica que abre las puertas a la historización de las vidas privadas y de las gentes, que la inflación mediática ha tendido desde los años sesenta del siglo XX a favorecer. En segundo término, es fácilmente perceptible que la enormidad de registros documentales del último siglo –documentos visuales y sonoros– nos ha situado en una fase de acopio y archivo de la memoria que, pese a la revolución que supone la irrupción de los soportes digitales, pone de manifiesto que las herramientas son aún limitadas. En tercer lugar, la incertidumbre se ha ido acrecentando en buena medida por la percepción distorsionada del entorno inmediato. Desde el momento en que las tecnologías hicieron posible ser y estar en todas partes, el conocimiento del medio comenzó a carecer de fronteras ya que nuestro entorno natural y sociocultural se amplió en términos materiales y ficticios. La distancia geográfica dejó de ser un factor de limitación espacial, de la misma manera que el tiempo se convirtió en la nueva barrera para el acceso. Pero aún más, la realidad convencional fue perdiendo interés en sí misma desde el momento en que se impuso la realidad de los medios de comunicación, en la que los acontecimientos capturados en la pantalla y ofrecidos al telespectador lo eran en un denominado tiempo real.

Un cuarto rasgo de la incertidumbre contemporánea ha sido la percepción generalizada de la crisis del modelo surgido de la modernidad, a la que las sociedades se han ido enfrentando desde la ausencia de aparato analítico e interpretativo, sin duda también ideológico, con el que medir y comprender la realidad antes descrita. La ruptura del viejo mundo –ruptura desigual y desequilibrada, cuyos términos están aún por definir– no se ha visto iluminada por el nacimiento de ningún otro que fuera plenamente reconocible por todas las generaciones vivas en la segunda mitad del siglo XX. Uno de los aspectos que provoca más estupor es sin duda la convivencia en normalidad de las sociedades con su propia incompreensión del estadio de tránsito y de eventualidad permanente. Ello puede ser un síntoma de que es posible que pervivan algunos elementos que, al proporcionar certeza y seguridad, permiten la convivencia con la incertidumbre e incitan a crear una gran memoria, una memoria exenta, a la que asirse.

Quizás, en la avalancha de noticias al hilo de los que se aventuran como cambios trascendentes para el hombre, unos de perfil catastrófico, como el calentamiento de la atmósfera, el cambio climático o el agotamiento de hidrocarburos fósiles, otros sencillamente esperables (el auge de la cibernética,

²¹ Acerca de la historización de la experiencia ver: ARÓSTEGUI, J.: “Identidad, mundialización e historización de la experiencia”, *Hispania*, nº 198, (1998), pp. 97-125.

por ejemplo), nuestras dudas sobre el futuro nos empujan a buscar respuestas en coyunturas de cambio pasadas. Nos preocupan los efectos del cambio más que los cambios en sí mismos. Averiguar qué soluciones han dado nuestros antepasados a sus problemas al menos tranquilizaría el ánimo alarmista que comporta nuestro contrato con el presente²²

Finalmente y en quinto lugar, hemos de relacionar las formas más actuales del acontecimiento con la consideración de incertidumbre. Para ello es preciso recordar que con el nacimiento de la sociedad industrial se dieron dos alteraciones esenciales que tuvieron el efecto de modificar el sentido de la Historia en tanto captura de memoria y elaboración del relato. Nos referimos a la evolución en las concepciones del sujeto histórico y del acontecimiento. Brevemente, y por lo que al sujeto histórico se refiere, es preciso recordar la convivencia aún de las elites-sujeto histórico –necesitadas de una conceptualización nueva en la actualidad- con un nuevo sujeto, el constituido por el conjunto social. La contemporaneidad fue dando sentido a que este último no sólo se reconociera a sí mismo como sujeto de la historia, sino a que fuera reconocido como tal por las elites. Fue la nueva condición del sujeto histórico, más compleja, la que favoreció el carácter instantáneo de los acontecimientos. Sucesos que nunca hubieran sido calificados de tales en las sociedades preindustriales, por de pronto los que afectaban al tiempo lento y a las vidas de las gentes como conjunto social, fueron vistos con nuevos ojos, desde la perspectiva de que era preciso registrar su acontecer porque informaban sobre el fluir de la existencia humana.

La constatación de que la memoria de las personas es frágil e insuficiente, y la de que los asuntos de la colectividad constituían el nuevo sujeto histórico, ha expresado la conciencia de tiempos de cambio vividos en incertidumbre. Por otra parte, el acontecimiento contemporáneo se reconstruye como un acontecimiento nuevo por su cantidad –una sociedad como la contemporánea caracterizada por la producción y acumulación de bienes y servicios, se dice a sí misma productora de más acontecimientos. Sin duda, por la aceleración del tiempo del que surgen, pero también por la reconstrucción repetitiva de que son objeto a través de los medios de comunicación, cuyo soporte es el de la cultura audiovisual. Como la contemporaneidad indica que el tiempo de la historia no es sino el tiempo de la acción, esto aporta una razón añadida para las incertidumbres del hombre contemporáneo, incapaz de acotar y encerrar el pasado histórico. La conciencia de la mundialización y la certeza del cambio permanente fueron posibles tal vez por el surgimiento de una esfera pública de acción planetaria. Qué sea razón y qué efecto carece de verdadero interés una vez establecida la coincidencia temporal de ambos procesos.

3. La ampliación del marco histórico: el espacio público mundial.

²² CAPEL, H.: “La geografía histórica y la respuesta a los problemas del mundo actual”. En *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*. Barcelona, vol X., nº 218, 2006.

Durante los primeros tiempos de la contemporaneidad no puede pensarse en la existencia de una esfera política de actuación mundial. Las relaciones entre hombres y entre Estados se medían en un espacio público parcial, territorialmente delimitado, también llamado internacional, denominación que reconocía en la nación a la principal instancia gestora. Lo internacional, siempre a escala europea, era cosa de dos, de una coalición de Estados a lo sumo, que concertaba un orden o sistema con el fin de nutrir la condición de las potencias en un contexto de paz. La cooperación entre Estados se daba preferentemente para la guerra, y los proyectos de progreso material solían descansar en las iniciativas de los particulares –empresarios, industriales, comerciantes– que hicieron de la suma de sus iniciativas privadas la herramienta más eficaz para construir, bajo el paraguas de los intereses individuales compartidos, un espacio público planetario: el espacio de las comunicaciones, del trasiego de manufacturas y de personas, de la difusión de las lenguas, de la expansión y de la imposición de las culturas nacionales y del conocimiento del otro en su propio contexto.

La energía de la construcción de la esfera pública mundial fue en primera instancia europea. Europeas fueron las herramientas y las arquitecturas de dicho espacio, económico y cultural primeramente, político y social más tarde. Así que la dimensión expansiva del espacio público es a todas luces obra a lo sumo de unas cuantas naciones europeas. En Europa, la revolución industrial se construía a partir de las ciencias de la energía. Asentadas en un determinismo tecnológico sin precedentes²³, las ciencias parecían no tener empacho a la hora de predisponer al planeta a creer que un crecimiento ilimitado era posible. El mundo de la abundancia era una certidumbre, de igual rango al de la caída de la hoja en otoño o al discurrir de un río por el valle. Primero el europeo, y por extensión el hombre occidental, aprendió a manejar las herramientas de la industrialización, luego –tras dispersarlas por el mundo– se acostumbró a que las máquinas trabajaran por él. Finalmente, desconfió de la autonomía mecánica y sospechó que al convertirse en un apéndice de ellas tal vez daría con la fórmula para convertirse en un ser infinitamente más poderoso de lo que hasta entonces había sido. El mito siempre renovado del superhombre.

Pero, volviendo al espacio público, si observamos con detenimiento aquel fenómeno que fue la expansión de las ciencias derivadas de las revoluciones energéticas, esencialmente ochocentista, nos daremos cuenta de que la noción de un espacio público mundial era aún débil. Para ser precisos nos situaríamos más bien ante un panorama de realidades nacionales extendidas a un contexto geográfico extra continental, interconectadas entre sí mediante un conjunto de vasos comunicantes por los que fluían intermitentemente personas y mercancías. Las normas consensuadas para el buen funcionamiento de dicho espacio descansaban en la aplicación conjunta de dos criterios, por un lado el de los buenos usos de las burguesías europeas, por otro, el del capital. La suma de ambos criterios constituía una forma de lenguaje internacional perfectamente reconocible para todo iniciado, cualquiera que fuese su nacionalidad. Esta comunidad de intereses, propia de los tiempos de la expansión europea, no

²³ HUGUET, M.: “El determinismo tecnológico: una nueva legitimación”, en *Claves de Razón Práctica*, nº134, pp.140-145, 2003.

coincide sin embargo con lo que, ya desde mediados del siglo XX hemos comprendido deba ser una esfera pública de ámbito mundial.

A mediados del siglo XX el panorama de la escena mundial era netamente distinto: de la cooperación establecida exclusivamente para las acciones de ataque y defensa –políticas regionales de alianzas- que cristalizaba en sistemas de equilibrio europeo, se pasó a consensuar a escala planetaria un grupo de mínimos, una Carta de los Derechos Humanos (1948). Esta iniciativa era la conciencia común de que era inevitable desarrollar los cauces institucionales de un espacio público de ámbito mundial. A diferencia de las políticas del siglo XIX, en este caso la iniciativa no correspondió en absoluto a Europa. Era más bien Occidente, en su complejidad geográfica, cultural... quien iba indicando los nuevos modos del Espacio Público mundial.

Si la cuestión de la instancia que impulsó el proceso constituye en sí misma un aspecto considerable en el proceso del cambio histórico, más interesante fue sin duda el aspecto del que se dotó al espacio público mundial. El encogimiento del Planeta, fruto de la mundialización de las comunicaciones y de las transferencias de capitales, de bienes y de servicios de costa a costa de cualquier continente, era en la segunda mitad del siglo XX, un reto histórico superado. En las décadas finales del siglo XX la contemporaneidad avanzó en dos sentidos. En primer lugar se consiguió contraer el tiempo, y en segundo se hizo posible la ubicuidad dentro de la llamada realidad virtual. El desarrollo tecnológico se fundamentó en buena medida en las ciencias de la Información – que no del Conocimiento- cuyo rasgo más patente era, a diferencia del de las ciencias de la energía, el de creer en los límites y en las incertidumbres²⁴ que le imponía dicha realidad.

A diferencia de lo que sucedía en el ochocientos, la fragilidad, signo de los nuevos tiempos modernos, delataba la parcialidad con que podían ser aplicadas las ciencias sólidas, cuyo uso indiscriminado en el pasado reciente había merecido francas oleadas de admiración. El futuro, no escrito, quedaba así al albur de la capacidad de innovación, imprevisible en razón de coyunturas indescifrables, que se reconocía en el ser humano. Si la estructura organizativa de las colectividades era en la historia un objeto previsible, en cambio no lo era la materia de la innovación –tanques o penicilina, bombas o televisores- que permitiría mantener, en la renovación histórica, el mágico y sagrado espacio de la convivencia mundial.

Con estas premisas se construyó un espacio público, precisamente mundial por estar desubicado del mundo, de lo que entendemos como espacio territorial, un espacio en el que el donde, el antes y el después, iban a ir careciendo de interés, excepto para aquellos quizá que no podían permitirse el lujo de prescindir de él. El espacio público mundial era versátil e instantáneo, efímero en apariencia. Se trataba de un espacio singular en la Historia de la

²⁴ HUGUET, M.: “El sentido de las incertidumbres en la historia del presente”, en *El siglo XX: balance y perspectivas*, Actas del V CONGRESO DE LA ASOCIACIÓN DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA, Valencia, 2000, pp. 85-89.

Humanidad ya que en él podrían reconocerse e igualarse todos los seres humanos.

La escena pública mundial se conformó durante la contemporaneidad a mi juicio en tres tiempos históricos. Desde el último tercio del siglo XIX y hasta el periodo de entreguerras, en el siglo XX quedó definida por las posibilidades de acceso de las gentes a la llamada cultura material. El espacio público era fundamentalmente un espacio de mercado, un espacio para la actividad económica. En él las leyes imperantes provenían del realismo político más clásico.

Desde 1919/ 1945 y hasta llegar al último cuarto del S. XX, el Espacio Público quedaría dibujado esencialmente por la práctica de la cultura social y política. Fue entonces cuando surgieron y se organizaron las normas de funcionamiento y de convivencia en el ámbito público mundial. En este nuevo espacio, se fueron abriendo camino los ideales de transparencia en la gestión, de visibilidad de los actores y de las acciones, de igualdad en el acceso –la concurrencia de las soberanías en igualdad de derechos- y la obligatoriedad del ejercicio de la justicia. Paralelamente fue imponiéndose el criterio del reconocimiento de la legalidad y de la tolerancia.

A partir de la década de los años setenta empezó a tomar cuerpo una esfera internacional definida por la cultura tecnológica y del conocimiento. Comenzaron a multiplicarse los actores y el poder –antes bien definido por lo que a los recursos y capacidades se refiere- se dispersó. El incremento de las instancias de autoridad forzó una reorientación del poder. Nuevos desafíos, que provenían de la economía, de las desigualdades, de las enfermedades o del medioambiente, pusieron en evidencia la incapacidad de respuesta individual de los Estados, la necesidad de abrir frentes comunes para el debate y para la resolución de problemas y de conflictos en el seno de un espacio internacional, por primera vez mundial.

Pero la contemporaneidad supuso además –entre otras muchas cosas- la apropiación progresiva de los escenarios públicos por parte del *común*. De esta manera puede verse en el proceso un avance paulatino de los hombres hacia el ideal de Igualdad. Nuevamente, podemos hacer uso de los tres tiempos de la Historia anteriormente utilizados. Desde 1870 y hasta 1919 aproximadamente, la socialización se produjo por la posibilidad de acceso, al menos en teoría, de todos los hombres a los bienes materiales que permitían manejar los resortes del poder. A partir de los años de entreguerras y hasta la década de los años setenta del siglo XX, se abrió un cauce razonable para la participación generalizada en el sistema político que gestionaba el espacio público.

Ya en el último tramo del S. XX y desde entonces, la socialización se hizo posible porque el acceso a las herramientas que gestionan la información y la tecnología marca con trazos gruesos el camino que conduce al control de la sociedad del conocimiento. Sin embargo, la globalidad en el presente abarca sin duda al conjunto de creencias, mitos, actitudes que comparte el hombre contemporáneo, una suerte de consenso intuitivo que, desde los así llamados circuitos intelectuales desciende a la opinión popular que a su vez los alimenta

con el uso de la puesta en práctica de las ideas²⁵. Asumir el creciente protagonismo de la gente corriente en el la sociedad mundial requiere alguna breve puntualización acerca de un asunto muy propio de los estudios de la contemporaneidad, el del sujeto histórico.

4. *Vivirse y narrarse, en el Mundo.*

Hoy no parece verosímil observar un espacio público de índole mundial poblado exclusivamente por masas anónimas. Antes bien, los medios de comunicación propician la puesta en escena de complejas representaciones en las que la masa carece del protagonismo que la teoría histórica suele aún conferirle. En estas representaciones mediáticas sobre el espacio mundializado, los protagonistas, anónimos, siempre tienen nombres y una historia –con minúsculas– que desean seguramente contar a la cámara. Aún dolientes o mudos, sus historias hablan por ellos. Los procesos históricos del siglo XX, pero en especial los de la segunda mitad del mismo, han servido para identificar y sacar a la luz un amplio conjunto de sujetos históricos que, como el femenino o el de las sociedades extra europeas, nunca fueron objeto de interés para la Historia.

De entre todos los sujetos posibles, se ha convertido en un lugar común la consideración de que la masa irrumpe en el siglo XX haciéndolo propio. Hablamos del XX como el siglo de la sociedad de masas, el consumo de masas, y los medios de comunicación de masas. Esta suerte de caracterización, popularizada en extremo, no es puesta en tela de juicio de ningún modo, a pesar de que la última década del siglo se manifestasen claros signos de transformación, que fuerzan una revisión de este lugar común para la segunda mitad del siglo XX.

Progresivamente y desde finales del siglo XIX en Occidente el concepto de masa y el de la democracia se aliaron para agigantar una lectura en positivo de la masa como sujeto histórico. Tal impresión es no obstante relativamente reciente, siendo de nuevo el desarrollo histórico posterior a 1945 el origen de la revalorización de las masas en la historia desde perspectivas positivas. Para entender este giro es preciso que tengamos presente las alteraciones sufridas por el concepto de masa a lo largo de todo el siglo²⁶, ya que la evolución de la sociedad contemporánea en su conjunto ha ido haciendo variar la connotación del criterio de masa. Como resulta sabido, a partir de la Revolución Francesa y durante las Revoluciones Liberales del XIX, las masas fueron identificadas con las turbas, con el populacho de carácter urbano y revolucionario. El liberalismo se veía afectado y en peligro a causa de la búsqueda de la igualdad y la democracia, tendencias estas manifestadas con fruición en la pujante sociedad de

²⁵ Es la así denominada *Noosfera*. ARQUILLA, J. y RONFELDT, D.: *The emergente of noopolitik*, Santa Monica, 1999, que rechaza el mundo estatocéntrico, crítico con las políticas de armonización.

²⁶ Ver SAZ, I.: “Una masa es una masa. O sobre la transmutación del siglo de la democracia en el siglo de las masas”, en *El siglo XX: balance y perspectivas*. Valencia, Fundación Cañada Blanch, 2000. Pp. 409-418., y GINER, S.: *Sociedad-masa*, Barcelona, Península, 1998.

masas. Desde la burguesía liberal, el optimismo ilustrado dejaría paso paulatinamente a un sentimiento de recelo y de crítica hacia la masa que abriría la puerta hacia un estado de alerta.

En el tránsito del siglo XIX al siglo XX, la aceleración del progreso industrial, de la urbanización, de la alfabetización, dio como resultado la proyección de las masas en todos los sentidos. Éstas adquirieron un carácter imprescindible en las luchas políticas del siglo XX y comenzaron a dibujarse como un gran peligro para los valores supremos del liberalismo y para la cultura moral y material por él producida. La crítica de las masas por parte de la sociedad bienpensante irrumpió desde el pesimismo cultural y político. Las ideas acerca de las masas culpables y peligrosas, responsables de los males de la sociedad o fácilmente manipulables están presentes en los escritos de autores tan distantes entre sí como puedan serlo Ortega y Gasset o Lenin.

Pero al mismo tiempo, las elites manejaron a la perfección las técnicas de control de las masas a las que habían despreciado en un primer momento pero a las que temieron y de las que recelaron más tarde. De la síntesis entre el supremo elitismo y la capacidad movilizadora de las masas por parte de las elites, lo que Ortega denominó como la política del halago a las masas, surgió en parte el fascismo. En este tiempo surgiría pues la fragmentación de las masas en tipologías varias: masas obreras, nacionalistas, socialistas, pequeño-burguesas, la era del nacimiento de los hombres-masas. El desprecio y el temor a un tiempo de las minorías hacia las masas, organizadas dentro de la sociedad democrática - *hiperdemocráticas*, diríamos- y desde el socialismo, contribuyó a producir otras masas, esta vez insertas en los nacionalismos de los años treinta que, al menos en teoría, habrían de ser más controlables.

Pero si el sujeto-masa fue capaz de trascender durante la primera parte del siglo XX la noción de clase social de la que era heredero, no resulta menos singular la progresiva atomización interna que sufrieron las nuevas masas. En sociedades con una fuerte pérdida de democracia, las organizaciones políticas, cívicas o profesionales, dejaron de ser operativas. La carga de la individualización se hizo mayor y con ella más fácil la atracción hacia movimientos totalitarios de masas. La permanencia de dicha individualización en el seno de las masas permitió que las personas pudieran mantener su propio criterio y racionalidad en tanto individuos, de manera que el acto de colaboración o de rechazo hacia los regímenes fascista o nazi no puede ser encubierto por actitudes de exculpación de las masas.

No perdamos de vista dos perspectivas. En primer término que la identificación de la masa con el sujeto histórico a lo largo del siglo XX ha servido en ocasiones de coartada exculpatoria de las responsabilidades del individuo ante la historia. En segundo, que el concepto de masa ha sido utilizado como nexo de identificación entre el nazismo y el estalinismo, desde la perspectiva común del ascenso de las elites respectivas a partir de las masas.

Así pues, en el inicio de la segunda mitad del siglo XX, en el contexto posbélico y fruto de la especificidad histórica de los años treinta, si algo define la percepción acerca del sujeto histórico masa es sin duda su naturaleza al margen

de democracia y del liberalismo. Este enfoque fue de una indudable utilidad en el contexto de la Guerra Fría. Especialmente en la década de los años cincuenta, se produjo una bipolarización ideológica a resultas de la cual, unas elites ahora democráticas resolvieron que su función primordial era la de apartar a las masas occidentales de los efectos perversos del totalitarismo.

La derrota del totalitarismo de derechas no impedía el ascenso y crecimiento del totalitarismo de izquierdas, encarnado en los modelos comunistas que se expandían desde la URSS hacia las regiones más extremas del planeta, malignizando a sus habitantes, otro tipo de masa -perdida para la causa de la democracia- pero susceptible de contagiar a la masa sana. Es evidente que desde las filas del socialismo real se hacía una lectura en paralelo a la expuesta. En ambos casos, el afán de protección hacia las masas -expresión del miedo exacerbado a perder el control sobre las mismas- dio como resultado la aparición de regímenes de democracia más que dudosa: los de la órbita soviética en la Europa del Este por ejemplo, pero también aquellos de la órbita occidental en países del continente latinoamericano y en África.

En las últimas décadas, superando la progresión elite-masa que ha caracterizado el núcleo duro de la contemporaneidad, asistimos a una manifestación indudable del cambio operado en este terreno. El individuo se busca a sí mismo, el sujeto se toma a sí mismo como objeto de estudio²⁷. La sociedad occidental se ha sometido definitivamente a los derechos del individuo, construyendo sobre este particular un conjunto de imágenes comúnmente aceptadas por los colectivos. La reivindicación política y social de las minorías -encapsulemos, aunque inadecuadamente, a las mujeres en este espacio- el avance de las políticas de cuotas que pretenden dar iguales oportunidades a todos.

La historiografía está haciendo de la historia del individuo la de su grupo, tribu o clan. Las mujeres, los judíos, la comunidad islámica, la católica, o la homosexual, la vasca o la bretona, abordan en muchos casos las historias de género²⁸, o las de sus respectivos grupos identitarios como algo propio. La multiculturalidad obtuvo si cabe un lugar espléndido en las formas de localización de los llamados nuevos sujetos de la historia²⁹. De esta manera se procede a una identificación cada vez más patente entre el sujeto que estudia y el objeto estudiado, dándose pie al problema de la conciencia histórica³⁰. Esta forma coetánea de empatía³¹ constituye una manifestación más de la disolución

²⁷ *Las individualidades en la historia. II Conversaciones internacionales de historia.* Pamplona, Eunsa, 1985.

²⁸ HUGUET, M.: "Heroínas de andar por casa", en *Claves de Razón Práctica*, nº 168, diciembre, 2006. Pp. 2-8.

²⁹ KYMLICKA, W.: *Multicultural Citizenship: A Liberal Theory of Minority Rights*, Oxford, Oxford University Press, 1995.

³⁰ GADAMER, H-G.: *El problema de la conciencia histórica*, Madrid, Tecnos, 2000.

³¹ A pesar de la actualización de la historia social en los años noventa. Véase, para el caso español: "El retorno al sujeto social en la historiografía española", en *Estado, protesta y movimientos sociales*, III, Congreso de Historia Social, Vitoria, julio, 1997.

de la Historia, en su formato científico-totalizador, en aras de un mayor protagonismo de la memoria y de la individuación del sujeto histórico³².

En los últimos tiempos, cabría además interpretar la actualización de la idea cosmopolita en tanto complemento *natural* de la globalización económica, aunque también como identificación de una sociedad mundial que arrasa –también es discutible– los modos, las costumbres y las tradiciones culturales de los sujetos regionales y particulares. ¿Puede ser sujeto de la historia el así llamado *ciudadano del mundo*³³? ¿Cómo combinar su acción con la ya consagrada de las minorías cuya voz se ha incorporado progresivamente al discurso de la historia?³⁴

La idea de un gobierno mundial suena aún débil –utópica– por lo que a su organización normativa y política se refiere; tanto más resultará increíble la asunción de un sujeto histórico de naturaleza tan vaga. Claro que algo parecido debió de suceder en su momento con la incorporación de la *nación* al imaginario de los sujetos. Dificilmente resulta creíble una unidad perfecta de naturaleza lingüística, étnica o racial y cultural³⁵. El pluralismo nacional al que se hace referencia hoy para evocar la imposibilidad de una ciudadanía mundial, ya se invocó en los siglos XIX y XX a la hora de afrontar los llamados proyectos nacionales.

Sin embargo, la identificación del sujeto cosmopolita en su dimensión plural –mundos inconclusos y abiertos que se dejan, sujeto y objeto de interacciones– está permitiendo la introducción en el discurso histórico del sujeto al que hago referencia. No es imprescindible que tratemos la ciudadanía del mundo desde una perspectiva normativa o institucional para que estemos frente a una identidad histórica que, acogiendo ciertamente problemas de pluralismo y de responsabilidad, requiere no obstante ser narrada³⁶. El *conocimiento del otro* se vuelve una estrategia tanto más sabia que el recelo derivado del realismo político.

El sujeto de la sociedad internacional es móvil, libre, y asume el conocimiento como la herramienta útil que sin duda es. El sujeto cosmopolita gozará de experiencias individuales o colectivas. A diferencia de la masa –su objetivo socio político fue claro– no encuentra límite a su acción. Muy al contrario, exhibe su dinamismo por medio de la incorporación a su sistema de todos aquellos elementos que le son útiles. “*Inter*”, “*multi*”, “*pluri*”, “*trans*”... son los prefijos que orientan la visibilidad del sujeto cosmopolita, entiéndase que no

³² RUCQUOI, A: “El historiador sujeto-objeto”, en BARROS, C. (Ed.): *Historia a Debate*, II, Santiago de Compostela, 2000, T. I, p. 195.

³³ A la manera en que interpreta el cosmopolitismo HABERMAS, J.: “Euroescepticismo, Europa de los mercados o Europa de los ciudadanos (del mundo)”, en *Tiempo de transiciones*, Madrid, Trotta, 2004.

³⁴ KYMLICKA, W., y STRAEHLE, CH.: *Cosmopolitismo, Estado-nación y nacionalismo de las minorías. Un análisis crítico de la literatura reciente*, México, UNAM, 2003.

³⁵ Aunque hace más de una década que fue publicado, resulta esclarecedor el libro de SPINNER, J.: *The Boundaries of Citizenship: Race, Ethnicity and Nationality in the Liberal State*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1994.

³⁶ SERRANO, V. (ed.): *Ética y globalización. Cosmopolitismo, responsabilidad y diferencia en un mundo global*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004.

siempre en un sentido positivo. Mientras que la masa fue siempre un sujeto fronterizo con respecto a los distintos centros de la historia –no acabó nunca de perfilar su posición de fuerza en el sistema regido por el liberalismo- la singularidad del sujeto cosmopolita contemporáneo radica precisamente en que su centralidad, aunque etérea, es plena.

Los historiadores más críticos siguen viendo en esta transfiguración del sujeto histórico la huella perniciosa del influjo que ejerce el lenguaje gráfico y audiovisual³⁷, mediático en general, sobre el texto escrito. Su protagonismo en nuestras vidas ha ido creciendo progresivamente desde las décadas centrales del siglo XX. Los modelos iconográficos ofrecidos por los medios audiovisuales fomentarían el interés histórico por todo tipo de manifestaciones ligadas a la naturaleza del ser humano, a menudo de carácter irracional o violento, y de su vinculación con el ámbito de las creencias y de lo sobrenatural. Estos juicios críticos olvidan, no obstante, que estas formas coetáneas de la ficción adoptan en nuestras sociedades idéntica función que en otras épocas históricas tuvo la literatura de transmisión oral o escrita, la de alentar la fantasía, refugio en definitiva de la felicidad del hombre.

Si el historiador es antes que nada alguien que mira, reconstruye o narra –según enfoquemos la cuestión- la Historia mundial reciente y en especial la que deviene en su segunda mitad, es por antonomasia aquella que desde más puntos de vista permite ser observada. No resulta sin embargo, la de identificar y descifrar las miradas, una tarea simple. El problema que producen las fracturas -convivencia inarmónica de contrarios- hurta al historiador la seguridad que proviene de una mirada certera. Para entender que una de las particularidades que afectan a la historia mundial es la de la mirada es preciso actualizar dos conceptos clásicos de la historiografía contemporánea: uno, el de la relatividad de toda experiencia; y dos, el de la perspectiva temporal.

Difícilmente podemos hoy dudar de que lo que ocurre en el mundo es observado y visto por gentes diferentes y de forma diversa, si bien, el gusto contemporáneo por el *relativismo*³⁸ -cualquier juicio o experiencia es siempre relativo y siempre válido- atentaría contra los hábitos más usuales de una construcción histórica razonable³⁹. Dos relatos opuestos pueden, ambos, acercarse a la verdad. Parece difícil no concluir que las personas que observan acontecimientos desde ángulos diversos –cotidianos- o perspectivas distintas obtendrán de ellas diferentes representaciones. Así pues, de ninguna manera

³⁷ HUGUET, M.: “La memoria visual en la Historia reciente”, en CAMARERO, G. seguir pensando los modos en que es preciso “ver” la historia. (Coord): *La mirada visual en la historia reciente*, (Cine e Ideología), Madrid, Akal, 2002, pp. 8-22. Recientemente, *In media(S) res. Comunicare il passato oggi*, Bertinoro, 28-30, setiembre, 2006, Congreso de la SISSCO, Italia. La participación de Pierre Sorlin, Pepino Ortoleva y Paola Di Cori, entre otros especialistas en la memoria audiovisual, puso de relieve la obligatoriedad de

³⁸ VALDECANTOS, A.: *Contra el relativismo*, Madrid, Ed. Antonio Machado Libros, 1999.

³⁹ BURKE, P.: *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 1991; y *¿Qué es la historia cultural?*, Madrid, Paidós, 2006. Defiende la idea de una historia cultural en su propio contexto, advirtiendo vínculos entre los nuevos enfoques del pensamiento y la escritura históricos. En sus referencias se incluyen el surgimiento del feminismo, los estudios poscoloniales y el discurso de lo cotidiano.

podrá pensarse sensatamente el que la historia llegue a satisfacer nunca una representación definitiva que reproduzca el conjunto de las miradas.

La Historia internacional, la Historia mundial, carece de complejos para abordar esta premisa, una condición que en otros momentos se contempló no obstante con frustración. El observador contemporáneo ha ido admitiendo la parcialidad de su mirada y se instala en ella con comodidad, constatando ciertamente que la formación de los juicios en perspectiva no ha de confundirse con la toma de partido, sino con la puesta en consideración de la existencia de enfoques alternativos al de cada cual. Es más, la mirada multiforme que ha conquistado ya con naturalidad la Historia del Mundo puede resolver lecturas históricas de tiempos pasados hoy vistas como insatisfactorias; aquellas que enfocaban por ejemplo la interpretación de los acontecimientos desde la perspectiva del presente de la investigación histórica, privando así a los sujetos históricos del derecho a contar su historia a partir de su propio contexto.

Pero si a lo largo del siglo XX se han multiplicado las miradas sobre el objeto histórico, validando con ello el *perspectivismo* que emana del hombre que se sabe a sí mismo histórico⁴⁰, no es menos cierto que este siglo recientemente superado ha sido el paradigma de la modificación de las miradas en función del paso del tiempo. La verdad del relativismo histórico implica una *tremenda gravedad vital*, a juicio de Gadamer.

La asunción del componente temporal por parte de la perspectiva histórica constituye el fundamento de la activación de buena parte de los procesos de memoria aún abiertos en Europa⁴¹, en relación con los holocaustos, colaboracionismos con el régimen nazi y crímenes de guerra cometidos durante la Segunda Guerra Mundial, en los Países del Este y en los Balcanes; en el Extremo Oriente por Japón durante la Guerra Mundial; y por las Dictaduras en el Cono Sur americano durante la década de los años setenta. Aún más, en el horizonte de una Historia mundial, concebida unitariamente, los sucesos que son reconocidos como asuntos universales cambian enseguida su rango, en el momento en que se producen nuevos acontecimientos a los que, en el presente sistema de valores, otorgamos un mayor rango. La sustitución del hito histórico es cada vez más frecuente.

Una visión apresurada de los hitos fundamentales en la historia internacional posterior a la Segunda Guerra Mundial realizada en torno a 1988 tendría pocas concomitancias con la que hayamos podido efectuar dos o tres años después. Cuestiones que en la primera lectura del medio siglo hubieran pasado inadvertidas, en la segunda, a la luz de la globalización del mundo, comenzarían

⁴⁰ La mirada múltiple que recae sobre el mundo debilita precisamente la noción que tenemos de él. Ver GADAMER, H-G.: "Los límites de la razón histórica", en *Actas del primer congreso nacional de filosofía*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1949, pp. 1030-1033.

⁴¹ A modo de ejemplo, la extensa obra de: CATTARUZZA, M.(y otros): *Historia de la Shoah. La crisis de Europa, el exterminio de los judíos y la memoria del siglo XX*. Ed. Enzo Traverso Edizioni UTET5 volúmenes, 3 DVDs vídeo, 1 CD-ROM hipertextual. Páginas totales 2280

a ganar protagonismo. Otras sin embargo, directrices a nuestro entender de un tiempo histórico, véanse las rebeliones y revueltas del '68 en todo el mundo occidental, no solo habrían de ser reinterpretadas sino que probablemente perderían parte de su interés para el historiador -aún incrédulo ante la caída del Muro de Berlín y del sistema comunista- quedando relegadas a la categoría de miradas oblicuas o circundantes.

Hoy, el presente se llena de confusión y escepticismo –dicen- por la obsesión de elaborar un catálogo consensuado de lo que debieran ser los anclajes de la memoria colectiva. La interpretación acerca del panorama mundial vive aún desgajándose de los restos del final de la Guerra Fría. Por si fuera poco, el revisionismo⁴² recurrente de los avatares del siglo XX, cuyo uso político -catártico o utilitarista, como se prefiera- pone los pelos de punta, se ha convertido en un remedo más o menos eficiente de la memoria pausada y bien organizada cuya finalidad es ella misma. Los vientos mueven al pasado en una u otra dirección y el historiador, mal que bien, va capeando el temporal con unos instrumentos de navegación seguramente insuficientes para salir airoso. ¿Qué es importante? ¿Qué conviene preservar y qué borrar? ¿Con qué finalidad tejer una red de hitos temporales? ¿Quiénes se encargan de mantenerla viva? ¿Es ello necesario?...

5. Pero, ¿quién decide en realidad?

La necesidad de identificar al agente responsable en la acción pública se ha convertido en nuestro tiempo en una cuestión sustancial. Tal cuestión careció siempre de importancia en la medida en que las fuentes de autoridad estuvieron claras. Sin embargo, la gestión del espacio público mundial ha sufrido, en el tiempo contemporáneo, enormes alteraciones. Aunque no pueda afirmarse que unas instancias de poder hayan sido sustituidas por otras definitivamente, diríamos sí, que se ha producido una enorme ampliación de los escenarios de representación del poder en la medida en que la sociedad contemporánea se ha ido haciendo más compleja o, si se prefiere, más sofisticada.

Así, no es que la diplomacia haya dejado paso a la opinión pública en los asuntos del proceso de toma de decisiones, sino que ha sido forzada a encogerse para darle a esta un espacio de actuación suficiente. No podía ser de otro modo puesto que la identidad cada vez más cosmopolita de la ciudadanía mundial colabora fehacientemente a desdibujar los límites impuestos por la antigua diplomacia⁴³.

Quizás lo más llamativo sea con todo el retroceso de la Geopolítica en el plano del cuadro general. Aunque sus intereses siguen siendo decisivos, su acción sin embargo se ha visto comprometida por esa Geoeconomía todopoderosa que hoy parece dominar la Tierra⁴⁴. La estructura del poder mundial es bien

⁴² TUSELL, J.: "El revisionismo histórico español", EL PAÍS, Madrid, 8 de julio, 2004.

⁴³ RIORDAN, Sh.: *Adios a la Diplomacia*, Madrid, S. XIX, 2006.

⁴⁴ LUTTWAK, E.N.: "From Geopolitics to Geo-economics. Logic of War, Grammar of Commerce", *The National Interest*, summer, 1990, pp.17-23. También, HUGUET, M.:

distinta –de hecho lo es cada poco tiempo- de tal suerte que da la impresión de que el interés de las naciones poderosas del planeta a la hora de plantearse sus políticas para el Espacio Público mundial está en relación, antes que nada, con la explotación y el disfrute de los recursos existentes o predecibles⁴⁵. Su identificación y los canales en que haya de producirse la distribución de la riqueza no son tampoco un tema baladí⁴⁶, porque de ellos derivarán parte de las guerras del futuro⁴⁷.

Lo que potencias actuales como son Estados Unidos, Alemania, Gran Bretaña o Rusia o China suelen evaluar ya son, no tanto los indicadores que marca la perspectiva idealista, sino los riesgos de contagio en cálculos de coste-beneficio que, ante cualquier elemento desestabilizador, pudiera producirse en una región determinada del planeta. Desde la década de los años noventa del siglo pasado, la estrategia más común a la hora de enfrentar aquellas crisis que comportaban un efecto desestabilizador general tuvo mucho que ver con prácticas tan simples como la inyección de capitales a cambio de medidas de supuesta liberalización política en los países receptores de la ayuda. Es difícil hacer un balance del umbral de éxito de estas actitudes.

En cualquier caso, el desarrollo de algunas políticas neoliberales, tales como el famoso Consenso de Washington en las distintas fases de su aplicación⁴⁸, nos indicaba que los cálculos de rentabilidad de estas iniciativas “generosas”, realizados casi siempre por los agentes políticos al mando, no resultaron acertados⁴⁹. Los agentes de la acción eran instituciones de muy variada entidad -

“Estados, Mercados y Cambio histórico. Economía y Política en el siglo XXI”, en *Política Exterior*, nº 77, 2000. pp. 154-166.

⁴⁵ Conviene considerar el asunto también desde el punto de vista académico. Ver las actas de las XXI JORNADAS DE LA ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE PROFESORES DE DERECHO INTERNACIONAL Y RELACIONES INTERNACIONALES. *Mares y océanos en un mundo en cambio: tendencias jurídicas, actores y factores*. A Coruña, 22, 23 y 24 de septiembre de 2005. El asunto de los recursos y de su función primordial en las políticas internacionales de los Estados es patente en las reflexiones del encuentro.

⁴⁶ Rifkin ha sugerido siempre la contraposición entre el éxito innegable del capitalismo y los rudos avatares que sufre una distribución adecuada de sus beneficios. RIFKIN, J.: *La economía del hidrógeno*. Madrid, Paidós, 2002. BARREDA “Civilización material petrolera y relaciones de poder”, en: *Fobomade, Geopolítica de los Recursos Naturales y Acuerdos Comerciales en América Latina, La Paz* (www.fobomade.org.bo). PAEZ, A.: “Para entender el siglo XXI: el cenit de la producción petrolera, la paradoja ecológica y la rematerialización del mundo”. *Scripta Nova*. REVISTA ELECTRÓNICA DE GEOGRAFÍA Y CIENCIAS SOCIALES Universidad de Barcelona. Vol. X, núm. 209, 15 de marzo de 2006.

⁴⁷ RAMONET, I.: *Wars of the 21th Century: New Treats New Fears*, Ocean Press, 2004. Ed. reducida en español: *Las guerras del siglo XXI*, Madrid, Debolsillo, 2004. Original en francés, 2002.

⁴⁸ WILLIAMSON, J: “A Short History of the Washington Consensus”, Conferencia de la Fundación CIBOD, *Del Consenso de Washington a una Gobernanza Global*, Barcelona, Septiembre de 2004.

⁴⁹ Tras casi una década de Consenso de Washington (formulado por John Williamson, 1989) las críticas al modelo están encabezadas por economistas de la impronta mediática de STIGLITZ, J. E.: “Más instrumentos y metas más amplias para el desarrollo. Hacia el consenso post-Washington”, *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, Buenos Aires, vol. 38, nº 151, octubre 1998. pp. 691-722. Del mismo autor, “El consenso post-

véanse el FMI, el BM o la Reserva Federal. El Gobierno estadounidense tenía también algo que decir en cada caso, y las iniciativas privadas de los países de aplicación del famoso Consenso, en un principio los de América Latina, libres para actuar en un marco desregulado, si bien fiscalmente más disciplinado, se encontraron sujetas a la interpretación particular de la consigna económica global. Algunos líderes –véanse Lula, Chávez o Castro– denunciaron la *asimetría* resultante de los procesos impuestos y desataron la furia de los nacionalismos patrióticos en contra de las prácticas neoliberales extranjeras⁵⁰. ¿Quién decidía, pues?

En un sistema mundial cuyos elementos son ampliamente reconocidos como interdependientes⁵¹, se mantiene aún la ilusión de que la multilateralidad y la bilateralidad son categorías aún válidas para dar razón del sinuoso esfuerzo de las relaciones entre las partes. Así, los medios de comunicación difunden un tipo de información que sugiere que la vida internacional sigue estando en manos de los gobiernos y gira en torno a los líderes políticos; solo cuando es preciso aparecen ya los diplomáticos. Vemos sus rostros en pantalla y en la primera página de los diarios, como si la resolución de los conflictos o el entendimiento para la cooperación estuviera aún pendiente de lo que digan dichas instancias personales. De este modo, las fórmulas del consenso institucional y de la participación política en la escena pública internacional resultan las imágenes más usuales ¿Designan todavía estos agentes del poder las rutas que siguen los comportamientos globales?

La realidad, como es bien sabido, camina por sendas alternativas. Los diplomáticos y Ministros de Asuntos Exteriores, los Secretarios de Estado y otras

consenso de Washington” *Iniciativa para el Diálogo*, Barcelona, 2004.

⁵⁰ STIGLITZ, J. E.: *Reforming Reform: Towards a New Agenda for Latin America*. Prebish Lecture, ECLAC, Santiago de Chile, Chile, 2002.

⁵¹ Una visión académica de la interdependencia actual puede verse en la obra de PALOMARES, G.: *Relaciones Internacionales en el siglo XXI*, Madrid, Tecnos, 2006. Merece así mismo la pena conocer el fenómeno de la proliferación de los estudios que se centran en el efecto pernicioso de la interdependencia económica y la ruina que supone la explotación sistemática del planeta; uno de los más debatidos fue: SHIVA, V.: *Biopiratería: El saqueo de la naturaleza y del conocimiento*, Editorial Icaria, Barcelona, 2001. ADAMES, E.: *Ecología política, Problemas y perspectivas*. Conferencia ofrecida durante la reunión del grupo de trabajo sobre Ecología Política de CLACSO, realizada en Panamá del 17 al 19 de marzo de 2003: refiere y evalúa la validez del poder vinculado “saber ambiental” frente al viejo, compartimentado y restrictivo “saber social” (mercado/Estado y sociedad civil). En la organización contemporánea, *moderna*, se distribuye a los “objetos” en la esfera de la naturaleza y a los “sujetos” en el ámbito de la sociedad, bloqueando la solución definitiva que debe ser integral, fragmentando los saberes y la relación entre la teoría y la práctica. Así pues, la desagregación entre el objeto y el sujeto de la que hacemos gala no es sino la desvinculación entre la naturaleza y la organización social, convirtiendo el mundo, a juicio de muchos, en un espacio invisible. Ver: LATOUR, B.: *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*, Barcelona, Gedisa, 2001.

gentes oficialmente reconocidas para el desempeño de las tareas internacionales, tienen cada vez más dinamitada la fuerza de su acción. Al tiempo, una nueva diplomacia, compuesta por comerciantes y banqueros, quizás ministros de finanzas o de comercio, por empresas consultoras y hasta agentes de cambio y bolsa... se exhibe en la escena extraoficial impulsando políticas, en unos teatros renovados y físicamente más inconsistentes que los salones ministeriales. Nada hay por otra parte nuevo en poner en evidencia la impronta política de los mercados mundiales, si acaso que ahora son adjetivados como *nuevos*.

Los nuevos protagonistas, las llamadas elites cosmopolitas⁵² o mundializadas, entienden la lógica de la globalización y tienen acceso a los foros internacionales, esencialmente económicos –el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial del Comercio– en los que se gestiona esta sociedad intangible e *hipersocializada* al mismo tiempo. La *cosmocracia*⁵³ está a la orden del día en los discursos que incluyen las formas del poder mundial, algo que, a juicio de sus críticos⁵⁴, no existe sin embargo ya que solo es una falacia de un poder único e irreverentemente antidemocrático, el de los Estados Unidos. No es el momento de hacer una crítica al juicio que evalúa críticamente la famosa hegemonía estadounidense en el siglo XX. Hay sobradas tesis al respecto⁵⁵, tantas como aquellas que insuflan sentido histórico al modelo hegemónico de las barras y estrellas⁵⁶.

El poder de la elite cosmócrata reside en sus ideas y en su permanente interconexión; el modelo que registran como patente es el anglo-americano, ciertamente; hoy el énfasis puesto en que las peculiaridades locales afloren refuerza en la personalidad de los cosmócratas precisamente la identidad compartida. La teoría de los años noventa venía a describir a esta elite como una secta fiel a los principios del neoliberalismo; su formación –*harvardsiana*, si se me permite la expresión– hacía parecer a sus miembros individuos clónicos de una población pequeña y adinerada cuyos méritos personales –inteligencia, tesón y perspicacia por lo general, además de útil arrogancia– constituían la palanca de ascenso que les había catapultado hasta las cabinas de esas flotillas de aviones exclusivos en el interior de los cuales perfilaban con estresante asiduidad las

⁵² Manuel Castells ha venido defendiendo en su extensa obra que sólo las elites son cosmopolitas mientras que la “gente” es local, habita en lugares concretos, de manera que el espacio cuenta especialmente para el desarrollo de sus vidas. CASTELLS, M.: *La Era de la Información*. Madrid, Alianza, 1999.

⁵³ ORTEGA CARCELÉN, M. C.: *Cosmocracia: política global para el siglo XXI*, Barcelona, Síntesis, 2006. Explica la cosmocracia como el sistema internacional imperante tras el final de la Guerra Fría; la fuerza del idealismo –derechos humanos, guerras contra la injusticia, redistribución de la riqueza y preocupación por el medioambiente– estaría definiendo el nuevo sistema.

⁵⁴ CHOMSKY, N.: *Estados canallas. El imperio de la fuerza en los asuntos mundiales*, Barcelona, Paidós, 2001. Del mismo autor: *Hegemonía o supervivencia: la estrategia imperialista de Estados Unidos*, Barcelona, Ediciones B, 2004.

⁵⁵ KRUGMAN, P.: *El gran engaño: Ineficacia y deshonestidad. Los Estados Unidos ante el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2004.

⁵⁶ ZAKARIA, F.: *De la Riqueza al Poder. Los orígenes del liderazgo mundial de Estados Unidos*. Barcelona, Gedisa, 2001.

estrategias de las que se irían a beneficiar ellos y por extensión los demás mortales. Los cosmócratas eran competitivos y no escamoteaban horas al esfuerzo. Se trata de una élite voluntariosa, sacrificada, cuya idea del sentido que hubiera de tener el beneficio distaba del idealismo del nombre de elite al que representaban.

El margen de la cosmocracia, se ha ido ampliando en la última década con variantes singularizadas que, en el fondo, nacen del general apego a ciertas inercias. Junto al hombre de negocios vacío de vida personal, está también la mujer de negocios y el individuo –me resisto a escribir “individua” aunque las hay- que ha conseguido construir su vida en torno al juicio de “no tener que hacer nada en especial”, eso que los *gurús* del pensamiento contemporáneo han dado en llamar *el hombre sabático*. A la cosmocracia se logró llegar también por la vía del liderazgo en las religiones –la fuerza de su acción en nuestros días es incuestionable- que nos martirizan por efecto de polémicas cuando no de luchas sangrientas; finalmente, estaba el cosmócrata afincado en moderna burocracia institucional. Estos, los más grises, representan al mundo de las instituciones, gubernamentales o no, y aunque se dejen ver poco, forman parte de un circo que, si no fuera por la lata que da a la ciudadanía de a pié, ocasionaría un ataque de hilaridad en quien los observe, tan alejados viven de la realidad.

Los Media por su parte –empresarios, productores, periodistas o actores, peluquería y atrezzo, moda incluida- son un vivero de cosmócratas, y no solo por ellos mismos sino también por todos los que asumen la obligatoriedad de dar por verdad cuanto producen y sirven al consumo diario de información y pensamiento. Su opinión y actitudes crea tendencia y esta a su vez mediatiza las políticas de los gobiernos, mucho más modestos en sus aspiraciones cotidianas de gestión, aunque presa fácil ante la “opinión del hombre de la calle”.

Pese a la diversidad de sus procedencias y de los ámbitos de su actuación, el conjunto de los hábitos que siguen los cosmócratas tiende a homogeneizarse: el *gusto internacional* (vestimentas, tecnologías, hábitat, ocio, educación, consumos en general) denota un valor añadido a la cualidad de la persona que lo ostenta. El poder internacional asume un valor cualitativo único en la historia. La mesocracia ha dejado huella en él, de modo que la distinción ya no es un valor exclusivo de unos pocos sino más bien una pasión colectiva, un derecho social en toda regla.

Pero no nos engañemos, aunque más extensas y de naturaleza variada, las elites rectoras se parecen aún a las viejas oligarquías occidentales; se parecen o quizás les gustaría parecerse más de lo que lo hacen. Y sin embargo, resulta inevitable observar en ellas un par de muescas que las hace diferentes. La primera sería honda, bien visible en la encarnadura del cuerpo. Las elites cosmopolitas carecen de un proyecto universal como el que en su día tuvieron los aristócratas o los burgueses, las oligarquías ahítas de inversión productiva. A los primeros les movía en ansia de perpetuar su clase, la diferencia originaria en la que radicar la naturaleza de su mando, el origen divino del mismo. A los segundos – a los burgueses- se les reconocía por el impulso renovador que, como grupo pujante que carecía del poder de decisión, buscaba abrirse un hueco en el entarimado rígido que era la sociedad de los estamentos. Las elites cosmopolitas

no saben en cambio para qué mandan, ni por qué sacrifican su tiempo precioso en la intensa actividad que les consume. Cada uno de sus miembros busca la satisfacción personal de manera particular; la mayoría está ofuscada y triste.

La segunda de las diferencias tiene que ver con la incapacidad de esta elite moderna para ver más allá de lo inmediato. Su incomprensión y aislamiento del mundo son tan meridianos como pudieran haberlo sido los de María Antonieta y su Corte antes de pasar por el trance de la guillotina. La creación de fundaciones –sociales, culturales–, la caridad, el mecenazgo y otros negocios vinculados a la inversión de parte de los beneficios particulares en algún tipo de proyecto común, hace tiempo que dejaron de ser objetivos preferentes en la vida de los cosmócratas adinerados –no todos lo son, ciertamente. En otras épocas, el terrateniente o el industrial, el político y el banquero, que no eran muy generosos por lo común, tenían sin embargo *ciertas obligaciones* que atender. Lo que distinguía a aquellas elites predemocráticas de estas no era la distribución justa de los beneficios de su ejercicio, sino el vago sentimiento de responsabilidad social que se heredaba de una generación a otra.

El sentimiento particular de responsabilidad social –removido por obra y gracia de la consolidación del Estado nacional y contemporáneo– ha cedido también en parte por efecto del hedonismo que propicia la tan renombrada incertidumbre. Las personas y el capital que las acompañan sufren el miedo de verse vapuleadas por alguna andanada de misteriosa procedencia. Si ser rico hoy –según dicen– no tiene mayor misterio, sin embargo conservar esa riqueza, convertirla en poder y hacer que florezca de forma sistemática ya es harina de otro costal.

Así que, en estas circunstancias tampoco parece un reto que apetezca a las elites cosmopolitas el tomar como preocupación la articulación de políticas que den rienda suelta a la responsabilidad. ¿Cómo encajar a estas elites en el modelo dual de partidos que aún hoy rige en la esfera pública occidental? ¿Acaso son los cosmócratas conservadores imbuidos de un indudable esnobismo; o se trataría más bien de modernos reformistas incapaces de hacerse entender por la sociedad no ilustrada que, rodeándoles, les aturde con sus quejas? La burbuja de la cosmocracia se amplía, y no solo crece en dimensión sino que se blindo, su cristal es cada vez más duro y en él madura el aislamiento autocomplaciente de la elite rectora.

En este orden de cosas, hoy el espionaje político constituye ya casi una reliquia del pasado –aunque quien sabe si una opción de futuro. Se supone que toda nación considera que el espionaje y los servicios de inteligencia que le dan cobertura son lacras que atentan contra la paz y la seguridad internas. Por ello mismo debe ser que ninguna nación se ha resistido nunca a prescindir de ellos. La Inteligencia –con mayúsculas– ha llevado siempre aparejada una Contrainteligencia –también con mayúsculas–; a los servicios exteriores de “espionaje” se le sumaban los “interiores”, propiamente dichos. Bien fuera por medio de la Defensa o de variados organismos de naturaleza civil, que practicaban la constante vigilancia sobre el enemigo, en el mundo contemporáneo las naciones han estado permanentemente sometidas a la tiranía de la sospecha y el recelo.

Ciertamente, las actividades de la Inteligencia fueron mereciendo poco a poco la atención del público y los controles parlamentarios y judiciales correspondientes. Así que ser espía –divertido y gratificante en sus orígenes- fue haciéndose complicado y peligroso. En los años noventa los viejos espías, en activo aún a principios de la década, se jactaban de haberlo sido en su juventud y desvelaban en crudos artículos de actualidad, amparados por en ocasiones suculentos contratos editoriales, los entresijos de su histórica actividad ilegal. Nunca el personalismo de la acción internacional estuvo tan de modo que cuando la Democracia occidental se consolidaba.

Estas personas, cuya existencia oficial era principalmente un misterio presupuestario de los gobiernos, surgían al calor del morbo que suscitaba en la opinión la idea del secreto desvelado. Pronto paso la moda del espía despertado y hoy, a no ser por el interés de los más nostálgicos, difícilmente encuentra quién compre su historia. Las novelas de espías⁵⁷ siguen haciendo su agosto y contribuyendo a perpetuar una imagen personalista y heroica de la acción internacional tan poco verosímil como la de la inactividad de Fernando el Católico a la sombra de Isabel de Castilla que los niños del franquismo aprendieron en la escuela.

A mediados del siglo XX además del político, fue abriéndose mercado el espionaje industrial, luego comercial y financiero, cuyos agentes, al servicio de empresas que controlaban los procesos de producción y las innovaciones tecnológicas, circulaban a resguardo del interés, “político” de las autoridades, llevando en la cartera informaciones de relevancia estratégica. A comienzos del siglo XVIII una serie de invenciones transformaron la industria manufacturera en Inglaterra y dieron lugar a una nueva forma de producción: el sistema fabril. Los grandes países del continente no tardaron en diseñar actuaciones sistemáticas para cubrir la brecha con Inglaterra; no se les escapaba que esta brecha era de carácter científico y técnico.

En 1718 Francia inventó el espionaje industrial; agentes especialmente entrenados viajaban a Inglaterra para observar y dar noticia de cuanto veían a la

⁵⁷ Más allá de John le Carré, Patricia Highsmith, Ian Flemming y otros divos de la novela de espionaje, por qué no referirnos al curioso relato de un hábil escritor, SIMMONS, D.: *The crook Factory*, Harper Colins, 1999, en cuyo relato se mezclan la ficción y la realidad hasta confundirse del todo. Simmons inventa a apartir de una circunstancia presumiblemente real. En la Cuba de 1942, el escritor Ernest Hemingway pretende constituir un *anillo de espías* que vigile e informe adecuadamente del tráfico de submarinos nazis. Además del propio Hemingway, el anillo está formado por un par de deportistas, un cocinero, un diletante, un par de marineros y un hombre misterioso llamado Lucas. Hasta aquí, la historia. En la novela, Joe Lucas es un agente del FBI en plena época Hoover; duro y profesional. Lucas recibe el encargo (de manos del mismísimo Hoover) de enrolarse en el anillo de espías de Hemingway para ayudarle. El escritor no parece ser el punto de atención de Hoover que, no obstante, vigilaba activamente a medio mundo, incluyendo a un joven alferez de marina que mantenía un apasionado *affaire* con una conocida espía alemana, llamado John Fitzgerald Kennedy. El 95%de *The Crook Factory* ocurrió realmente.

Corona francesa. En ocasiones los industriales y el monarca contrataban a artesanos británicos (expertos metalúrgicos y especialistas textiles, principalmente). De modo que antes de que finalizara el siglo XVIII se creaban las grandes escuelas de Ciencia y Tecnología. La École Polytechnique fue creada en 1794; y en pocos años, otras naciones europeas siguieron a los franceses en la creación de instituciones politécnicas. Tras siglos de dar valor principalmente a los metales preciosos y a la tierra, se descubría el valor económico del conocimiento. La coordinación de la industria con la ciencia y la tecnología constituyó un descubrimiento alentadoramente rentable.

Pero hoy ya ni siquiera es preciso que el espía viaje y se oculte. Su ordenador lo hace por él. Basta con que sepa cómo acceder a la información y luego a quién vendérsela. El mercado es amplio y el conocimiento susceptible de tener algún interés para alguien, inconmensurable. Las nuevas tecnologías han permitido reducir las distancias y el tiempo para acceder a este conocimiento y difundirlo, a través de nuevos canales que amplifican y enriquecen los procesos de acceso y asimilación del conocimiento. Así que, hoy ya ni siquiera es preciso que el espía viaje y se oculte. Su ordenador lo hace por él. Basta con que sepa cómo acceder a la información y luego a quién vendérsela. El mercado es amplio y el conocimiento susceptible de tener algún interés para alguien, inconmensurable. Las escuelas de negocios saben mucho de esto⁵⁸.

Tampoco está claro precisamente qué sigue siendo materia de secreto y qué no lo es. Si en una época ya remota la Inteligencia en materia de Defensa encontró eco en los modos de ajustar la competencia empresarial –la gerencia y modos de liderazgo fueron aprendidos por los industriales observando las prácticas militares que habían dado la victoria al ejército estadounidense en la II Guerra Mundial-, puede verse cómo en el presente sucede que las técnicas empresariales –incluido el espionaje industrial- han invadido los modos de trabajar, no solo con el fin de consolidar una Defensa eficiente de las Naciones sino incluso para organizarles a estas la vida social.

Por último, por lo que se refiere al espectro de las miradas que recae sobre la esfera pública mundial, este ha evolucionado considerablemente. En tiempos, actores y observadores solían coincidir en la figura de los moradores de salones y cancillerías. De hecho, la llamada política internacional era cuestión de muy pocos –ya lo he dicho- y, como su denominación indica, se refería a un espacio restringido, más amplio que el nacional, pero en absoluto vinculado a la esfera mundial. Lo local, ni siquiera lo nacional, era la escala de referencia para la mayor parte de la gente –aún hoy lo sigue siendo en buena parte del planeta. Pero a medida que la contemporaneidad se consolida, se da una innegable separación entre ambas figuras. En el espectro de los observadores de cuanto acontece en la escena pública están las ciudadanías informadas, a través de los medios de comunicación, los Parlamentos, la calle... Crece el interés de las personas por saber y por opinar, por llevar sus asuntos más allá del recinto local,

⁵⁸ EVANS, P. Y WURSTER, TH.: *Blown to Bits: How the New Economics of Information Transforms Strategy*, Harvard Business School Press, 2000.

por participar en la resolución de los problemas ajenos en los que posiblemente se reconocen, quizás por efecto de la extensión de la cultura de la solidaridad. Para ser bueno hay que ser solidario, y todos queremos ser buenos. Por lo que pueda pasar.

En el mundo actual el aislacionismo cultural se va quebrando y las fuerzas de la empatía –fundamentadas muchas veces en imágenes tópicas– cobran presencia. Se dice que estas instancias de poder se han convertido también en actores de la vida pública mundial, se habla de los socavadores de la soberanía del Estado, agentes de los que ya no es posible que se desentienda la diplomacia. Sin embargo, y siendo esto cierto, la mundialización de la vida pública internacional ha proporcionado a su vez ese otro modelo de elites que gestionan directamente la parte de vida pública que les compete. De modo que, siendo posible observar cuanto acontece, resulta sin embargo más difícil formar parte del elenco de actores invitados a la primera función. La diferencia, que no es poco, con los primeros tiempos de la contemporaneidad radica en que los nuevos observadores sí tienen una cierta perspectiva veraz de la escena pública, cosa impensable a finales del siglo XIX.

6. La normalización de la paradoja.

Que las miradas se multiplican en la segunda mitad del siglo, llegando esta multiplicación al paroxismo a fines del mismo resulta más que evidente. Ya lo hemos dicho. De momento, una alteración significativa provino de la inclusión de las perspectivas de género, siendo las anglosajonas las culturas pioneras en esta materia⁵⁹. Así mismo, las miradas alternativas al eurocentrismo⁶⁰, las de las periferias y los desheredados en el sistema planetario, se impusieron a partir del final de la II Guerra Mundial, con la eclosión de las independencias y autodeterminaciones. Del mismo modo, la relación del hombre con el medio ha venido cabalgando entre realidades de proximidad y lejanía, de forma sorprendentemente armoniosa.

En un planeta en el que el sistema democrático parece ser el único probable, habilitando desde sus diferentes proyecciones modelos de convivencia social plausibles, paradójicamente la presencia de la Política -con mayúsculas– decrece en el seno de los ámbitos civiles más consolidados, siendo la suya una práctica devaluada y con futuro incierto. La irrupción del multiculturalismo⁶¹

⁵⁹ Tres acercamientos rigurosos a la cuestión: OFFEN, K., ROACH PIERSON, R. y RENDALL, J. (eds.): *Writing Women's History*, Indianapolis, Indiana University Press, 1991.; ROWBOTHAM, S.: *La mujer ignorada por la Historia*, Madrid, Debate, 1980.; y SCOTT, J.: *Gender and the Politics of History*, Nueva York, Columbia University Press, 1989.

⁶⁰ WALLERSTEIN, I.: "El eurocentrismo y sus avatares: Los dilemas de las ciencias sociales", *New Left Review* N°0, (en castellano, Madrid), 2000.

⁶¹ La extensa bibliografía en torno al tema del multiculturalismo obliga a tomar en consideración tan solo algunas referencias recientes: VILLORO, L.: *Estado plural, pluralidad de culturas*, México, Barcelona, Buenos Aires, Paidós, Universidad Nacional Autónoma de México, 1998; THIEBAUT, C.: *De la tolerancia*, Madrid, Visor Dis, 1999;

como evidencia primero demográfica, más tarde cultural e ideológica, en las viejas sociedades herméticas de Occidente, avanzó a pasos agigantados en el seno de las naciones que propugnaban el mantenimiento de unas mínimas reglas de juego, precisamente para poder seguir siendo abiertas y plurales⁶².

El neoliberalismo, cumbre finisecular de la libertad absoluta del comercio y el mercado, que las potencias vencedoras de la II Guerra Mundial impulsaron como el modelo definitivo de las relaciones económicas entre los pueblos, destila sus políticas en una situación monopolista de hecho, al depender en su mayor parte las economías del mundo del sistema comercial liderado por los Estados Unidos. Desde una realidad geopolítica planetaria, geoeconómica como acabamos de observar, la lectura mediática de las relaciones mundiales se mide no obstante en términos de idealismo político, siendo los eslóganes más repetidos: la paz, la libertad y (en franco retroceso) la igualdad.

Aunque teóricamente la guerra total ya no es posible –su extremo nuclear la convirtió en instrumento disuasorio– sin embargo la violencia se atomiza en nuestro tiempo abarcando de hecho bajo sus distintas formas –guerras enquistadas, terrorismo, luchas civiles, violencia doméstica, explotación de niños...– a la totalidad del planeta. Un planeta habitado por lo demás, por seres biológicos al tiempo que por seres virtuales, ambas especies cada vez más viajeras pero con un apego creciente a la raíz, cuyas formas de vida –analógicas o digitales– no son en muchos casos excluyentes, sino complementarias. Desde el Amazonas a la en su momento desmantelada estación espacial MIR, la distancia, calculable desde siempre en tiempo y en espacio, ha ido deviniendo en un concepto blando que, por lo que a la historia de nuestro mundo actual se refiere exige una franca revisión.

Las Ciencias Sociales se enfrentan pues a una realidad sumamente fragmentada que, por lo que a la Historia se refiere, provoca líneas de tensión y de conflicto cada vez más profundas. La fragmentación de la realidad deviene del estallido de la sociedad post industrial, y con ella de la vieja estructura de clases. Este tipo de juicios forma ya parte del conjunto de monsergas con las que habitualmente nos marean los llamados expertos en mundo contemporáneo. Convendría sin embargo afinar algo más. A mediados de la década de los años setenta, la perspectiva determinista de la concepción del mundo no dejaba fisuras. Hubo instrumentos teóricos para todos los gustos; el determinismo económico –la preocupación por el crecimiento⁶³– o la necesidad histórica, la

OLIVE, L.: *Multiculturalismo y pluralismo*, México, Barcelona, Buenos Aires, Paidós, Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.

⁶² Una buena dosis de crítica a las teorías del multiculturalismo puede leerse en BARRY, B.: *Culture and Equality. An Egalitarian Critique of Multiculturalism*, Cambridge, Polity Press, 2001, y también SARTORI, G.: *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*. Madrid, Taurus, 2001. Léase una interesante valoración crítica del punto de vista de Sartori en VALDECANTOS, A.: “Tribulaciones multiculturales”, *Revista de Libros*, diciembre, 2001.

⁶³ MEADOWS, D.H. y MEADOWS, D.L.: *Los límites del crecimiento*, F.C.E., México, 1973. Texto revisado dos décadas más tarde en MEADOWS, D.H. y MEADOWS, D.L y RANDERS, J.: *Más allá de los límites del crecimiento*, Madrid, El País Aguilar, 1992.

teoría social reflejaban la división entre dos enfoques, el marxismo estructural y la sociología crítica por un lado, y la sociología estructural funcionalista por otro. Desde cualquiera de las perspectivas podía ser explicada una organización de clases sociales que nadie se atrevía a poner en entredicho.

Pero la posguerra fría quiso dar fin a los determinismos y al papel protagonista de los sujetos históricos tradicionales, ya fueran individuos o colectivos. La irrupción de nuevos actores en la escena histórica constituyó todo un hallazgo que cogió desprevenida a la Historia, carente de método y de herramientas para abordar las nuevas cuestiones que proponían los nuevos sujetos –naciones, movimientos civiles, o sociales, la cultura– aún, reconociéndose a sí mismos como parciales.

Detectar las principales líneas de fractura⁶⁴ que, al irse formando en la historia actual, afectan a las sociedades de comienzos del nuevo milenio, nos lleva a tener que revolver en el saco de las cuestiones más ancestrales. Por simplificar, y en primer término, hoy parecen constituir aspectos irreconciliables, por un lado la pervivencia de los determinismos –económico, tecnológico, cultural sobre todo–, que abocan hacia formas aún insospechadas de monopolismo e imperialismo, con el ansia que la comunidad mundial parece demostrar en favorecer cuantas políticas puedan reforzar la idea de libertad, amparada en la creencia de un futuro abierto en el que todo, absolutamente todo, es posible. Así pues, determinismo frente a libertad. O tal vez, ¿sería pertinente sugerir la posibilidad de un determinismo para la consecución de la libertad? De tal paradoja pueden servir como ejemplo los proyectos neoliberales aplicados a las economías de países en crisis –véanse los casos del Reino Unido, Nueva Zelanda o México– a lo largo de las dos pasadas décadas; o la idea de la implantación de un capitalismo democrático, el conocido como *Consenso de Washington*, desplegado por la diplomacia estadounidense en los noventa durante el tiempo de la *pax americana* de las dos administraciones Clinton.

En segundo lugar, cabe fijarse en una línea de fractura que no por estar sumamente analizada y haber sido abordada desde múltiples y sofisticadas perspectivas, deja de ser crucial. Nos referimos al avance de la globalización. En este terreno, como si de un partido de fútbol se tratase, defensores y detractores – en los tiempos de anunciada recesión económica, esta segunda postura con los movimientos antiglobalización como abanderados singulares parecía comportar un mayor grado de corrección políticamente hablando– esgrimen sus argumentos con un énfasis que, más allá de todo análisis siempre posible, pudiera querer impulsar o detener un fenómeno histórico que tiene ya a todas luces vida propia.

Que la globalización aporta orden, igualdad, comunicación y estabilidad al sistema mundial, o bien, que genera y remueve el caos ya creado en la historia por las viejas estructuras imperiales, constituyen hoy dos lecturas y, en consecuencia, dos actitudes profundamente antagónicas, de difícil encaje entre

⁶⁴ HUGUET, M: “Grandes cuestiones para una Historia del Tiempo Presente” en BARROS, C. (Ed): *Historia a Debate. Actas del II Congreso Internacional*” Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2000. Pp. 317-323.

sí. La bibliografía al respecto –a punto de ser tan extensa como la referida a la Revolución Francesa- expresa la singularidad histórica de la cuestión.

En tercer lugar, e inherente a esta fractura, vemos la protagonizada por las formas de vinculación entre el sujeto y la historia, personificada en la nación y la cultura de los pueblos. Si la Ilustración elaboró el concepto de ciudadanía, las revoluciones burguesas y liberales lo difundieron y las democracias burguesas o populares lo organizaron a su particular manera, para dar a luz, políticamente hablando, a Estados bajo cuyo paraguas, las ciudadanías están protegidas por una jurisdicción que, si bien merma una parte de su entidad individual les permite la supervivencia y en algunos casos hasta el bienestar, la posmodernidad invade la concepción de sociedad plural de la mano del ya sabido multiculturalismo. Esto es, la coexistencia bajo la cobertura de un mismo estado de comunidades diversas en condición étnica, cultural, religiosa, económica...

El multiculturalismo lleva aparejado el concepto de multipertenencia y el adelgazamiento de la cúspide sociopolítica herencia de la modernidad, un mayor peso del yo, y una clara renuncia a la cesión de soberanía en el ámbito social. No confundir pues con pluralismo ni con cosmopolitismo, este último criterio más vinculado a las formas estrictas del idealismo internacionalista que recorre los dos últimos siglos de nuestra historia. Una mirada sobre los mismos debería bastar para percibir la más extrema de las paradojas por lo que a la actuación de los hombres se refiere.

7. Confrontar, “cooperando”: la teoría confusa.

Dos han sido las dinámicas que a lo largo de la historia se han venido identificando en el escenario del espacio público mundial. Ambas forman parte de dos culturas, de dos formas de mirar el asunto. La de la confrontación es la que sostiene que el enfrentamiento es la tendencia natural del hombre en comunidad. La de la cooperación, la cultura de quienes opinan que nada en la historia de la humanidad hubiera sido posible sin el diálogo. La cosa se complica, como veremos, cuando ambas tendencias culturales se manejan con herramientas y procedimientos metodológicos diversos. Así, el enfoque de actor o estatocéntrico, en general se muestra insuficiente. El enfoque de sistema o estructuralista complementa el anterior, pero no puede funcionar sin él, y el enfoque estructuracionista, sugiere que los Estados no se pueden concebir fuera de la estructura global de la que forman parte y esta a su vez no existe independientemente de la voluntad de los sujetos, expresada en sus actividades.

La cultura de la confrontación es la más clásica. Se fundamenta en el principio de la desigualdad entre los pueblos o los Estados. Entiende la política como una serie de interacciones conflictivas basadas en el antagonismo entre valores e ideologías incompatibles respecto al uso de los bienes del sistema. La principal dinámica histórica que reconoce la cultura de la confrontación ha sido la de la bilateralidad. Todo debe medirse o regirse según relaciones binarias. Los Estados son los actores principales de la acción, voz y parte principal del sistema. Las jerarquías y la organización en torno a polos de poder (los Estados

generalmente) estructuran esta visión de la sociedad mundial. Ni que decir tiene que el realismo político constituye su más conocida inspiración ideológica. Según esta tesis las reglas y las instituciones de la política están determinadas por las diferencias de poder entre Estados, en condiciones de desigualdad de recursos y capacidades, pero en igual soberanía.

En el siglo XVII, el nacimiento de poderosos Estados (España, Francia, Inglaterra, el Imperio de los Habsburgo), hace que dichos Estados concentren la fuerza y su uso legítimo en el único sujeto político –el gobernante. Con los Estados se anuló la inseguridad de los ciudadanos dentro de las fronteras, pero no se anuló la inseguridad recíproca. En la sociedad de estados la condición era la de Estado de naturaleza porque en ella no había pacto social, un pacto destinado a la constitución de la autoridad superior. Los Estados no se podían basar en otra cosa que en sus propios medios y su fuerza para llevar a cabo sus intereses. Por eso mismo, para sentirse seguro, el Estado debía tender a la acumulación de poder.

Pero la ausencia de pacto social no impide que entre los Estados se constituya un poder superior a los otros, y que dicho poder asuma las características de la autoridad: lo cual sucede cuando un Estado está en disposición de imponerse a los otros y de hacer que los otros Estados participen en un sistema de orden haciendo uso de su fuerza militar. El realismo político internacional está sólidamente identificado con la teoría de la política del poder o *power politics*.. Resultan clásicas las obras del norteamericano Hans J. Morgenthau: *Politics among nations* (1948), el británico Martin Wight: *Power Politics* (1947), escritas en el inicio de la Guerra Fría y el francés Raymond Aron: *Guerra y Paz entre naciones* (1962), una lectura más gentil del realismo.

Según Morgenthau y Wight en un sistema de sujetos soberanos y desiguales como es el sistema internacional, cada Estado puede sobrevivir y realizar sus intereses únicamente si funciona como garante de sí mismo. La política de cálculos y de prudencia ha permitido la existencia de sistemas de equilibrio y una distribución del poder que da lugar a la organización jerárquica de las relaciones internacionales. Las grandes potencias acuerdan reglas operativas para gestionar sus conflictos de intereses lo más pacíficamente posible. Es obvio que las teorías realistas se fundamentan en la soberanía estatal. La soberanía permite optar por fines diferentes de la supervivencia, física, política o cultural. Desde un análisis histórico-sociológico, Raimon Arón parte del supuesto de que los Estados, pese a ser sujetos sociales complejos, tienen un comportamiento internacional susceptible de análisis empírico. Con ello singularizan las reglas generales que gobiernan los comportamientos en el interior de los sistemas de relaciones. No cree Aron que la política exterior pueda traducirse únicamente a elementos racionales. No tiene por tanto una conciencia tan rígida –racionalismo y cálculo– de las relaciones internacionales como la tuvieron Wight o Morgenthau.

Otros enfoques y otros autores han ido desarrollando lecturas más complejas de la teoría de la confrontación. Puesto que el enfoque metodológico de los primeros realistas fue considerado reductivo, ya que no tenía en cuenta la inserción de los Estados en el sistema, en los años cincuenta se abrió un camino

hacia el análisis sistémico de las relaciones internacionales. Morton Kaplan (1956. *System and Process in International Politics*) se limitó a describir dos o tres sistemas y a establecer hipótesis sobre una serie de sistemas posibles. K. Waltz (1979. *Theory of International Politics*) definió la estructura del sistema internacional en términos de distribución de poder y de cálculo económico-racional.

Por su parte, las teorías hegemónicas integran las reglas del mercado económico y las del sistema político, de ahí que sustituyan los conceptos de gran potencia y de equilibrio por el de potencia hegemónica. El rol de potencia hegemónica es exclusivo y se concreta en un solo sujeto porque el mercado económico está dominado por procesos de concurrencia que estratifican el sistema y conllevan la eliminación de los concurrentes más débiles. Gilpin (1981 *War and Change in World Politics*) -que parte de la observación teórica de la preeminencia del Reino Unido sobre el resto de Estados del sistema mundial a partir del inicio del siglo XVIII- investigó los factores que hicieron posible que un solo Estado ejerciera el rol de potencia económica o dominante, así como los factores que comportaron su declive. Modelski (1978 "The Long Cycle of Global Politics and the Nations-state" en *Comparative Studies in Society and History* y en 1988 *Documenting global leadership*), introdujo las capacidades militar -naval o aeroespacial según los momentos históricos -económico-financiera, tecnológica, industrial, cultural e ideológica, que permiten a las potencias controlar la gestión de diversos regímenes que componen la interdependencia global. Hasta aquí no parece que nada desencaje. El problema lo va a suscitar el marxismo.

Aunque Marx no se ocupó expresamente de las Relaciones Internacionales, es obvio que el marxismo incrementa la importancia de la economía con respecto a las otras teorías. El mundo solo es comprensible desde la difusión del modo industrial de producción y de intercambio de la economía capitalista, que modificó profundamente las bases de la vida material y que propició el nacimiento de nuevas colectividades: las clases sociales. Marx habla de la existencia de una economía mundial capitalista que traspasa las fronteras de los Estados. En esta economía se realiza una división del trabajo que produce y sostiene formas de estratificación y jerarquía que permiten a algunos grupos y/o Estados controlar todo el proceso productivo en beneficio propio.

A mediados del siglo XIX el marxismo se erige en proyecto de sociedad global de naturaleza contrautópica. Se expresa manifestando la discordancia entre la organización social y las instituciones liberales aún en proceso de consolidación. Mientras Marx se esforzó por hacer legible la naturaleza específica del mundo contemporáneo identificando la clase social que habría de dirigir su transformación social y política, en Engels, Lenin y el propio Stalin, el pensamiento marxista derivó hacia el economicismo determinista que nutre la formación de la organización comunista⁶⁵. Su fracaso empírico estaba pues

⁶⁵ Hay también, qué duda cabe, un marxismo con sujeto, una lectura humanista y cultural que prima la lucha de clases en la Historia. Véanse los trabajos de THOMPSON, E.P.: *Miseria de la teoría* (1978), Madrid, S. XXI, 1985. ANDERSON, P., *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson* (1980), México, siglo XXI, 1985. Thompson abandonaría el Partido Comunista británico a raíz de la invasión de las tropas soviéticas

implícito en la formulación determinista que insuflaba la utopía inicial⁶⁶. Pero, ni la sociedad mundial es una, ni está abocada a una conciliación monocorde de rango planetario.

Desde posiciones marxistas y liberales, se inició después de la segunda revolución industrial el conocido debate sobre el imperialismo. En aquel momento el término servía para describir la concurrencia entre los Estados industrializados por hacerse con el control –político y económico– sobre amplias esferas de la sociedad y sobre entidades estatales subordinadas. Así, se revisó la historia de la expansión europea tomando como punto de partida la constitución de los imperios coloniales desde el siglo XVI. En la segunda mitad del siglo XX se prolongó el debate sobre el imperialismo, al acuñarse términos y conceptos tales como neocolonialismo, neoimperialismo, dependencia, etc. Con ellos se intentaba adaptar la interpretación inicial a las características del mundo contemporáneo: Teoría de la dependencia, análisis centro-periferia, análisis del sistema-mundo.

En estas teorías, la internacionalización del capital y de la producción había crecido sustancialmente, la estratificación era ahora mayor que en el pasado y se había asumido una naturaleza estructural estable. El análisis económico del sistema internacional contemporáneo se interroga continuamente sobre la autonomía del Estado y del sistema político internacional, de la estructura socioeconómica del mercado económico capitalista. Así, Immanuel Wallerstein a mediados de los años setenta, y su escuela de la economía-mundo, atribuyen a las relaciones políticas intergubernamentales una función auxiliar del sistema económico internacional. Denomina economía-mundo capitalista al sistema social en el cual vivimos y lo representa como un sistema dividido en un área central y en áreas periféricas y semiperiféricas, donde la multiplicidad de los sistemas políticos estatales no es más que el lado político de la organización económica capitalista.

Hasta aquí las dinámicas históricas identificables en el escenario mundial a la luz de la cultura de la confrontación. La cultura de la cooperación en cambio parte de la creencia primordial en la igualdad. Entiende la política como una serie de interacciones orientadas hacia el intercambio, las transacciones y la negociación, con el fin de establecer diferentes posiciones acerca del uso de bienes que son colectivos. La dinámica más apropiada para esta cultura es la de la multilateralidad: el Espacio Público mundial se concibe como una red planetaria, en ocasiones –y a efectos puramente prácticos– jerarquizada de acuerdo a estructuras regionales en las que instituciones determinadas acogen en su seno los márgenes del soberanismo. Todo se diluye e interpenetra hasta concretarse la cosmópolis.

El idealismo político es el marco conceptual en el que se mueve la cultura de la cooperación. En la modernidad, el sistema de monarquías recientemente constituido era un sistema de soberanía estatal que se inclinaba a reconocer recíprocamente la legitimidad de la existencia respectiva y a disfrutar de las

en Hungría.

⁶⁶ SÁENZ, L.M.: “Marx sin marxismos”, en ROCA, J.M.: *La izquierda a la intermperie...*, Op. Cit, pp. 147-190

ventajas de unas reglas y transacciones racionales y pacíficas. La cultura de cooperación concibe la naturaleza humana guiada por principios morales innatos o naturales. Da mucha importancia a la existencia de un marco de normas sociales, morales y jurídicas que, a su vez, presupone la existencia del consenso de los Estados sobre los mismos valores fundamentales. El respeto a tales valores comunes permite la vida social de una pluralidad de sujetos soberanos como son los Estados.

Los principios sociales y morales comunes hacen posible agregar los intereses contrapuestos. De dicha base nace el Derecho Internacional contemporáneo y su aceptación por parte de los Estados. Es obvio que este pensamiento ha influido notablemente en la historia internacional contemporánea (SDN y ONU). Recientemente, la emergencia de una pluralidad de actores en la escena internacional, deja pequeña la concepción estatal de las relaciones internacionales. Luego, la cultura de la cooperación hace posible en esencia una explicación apta para un sistema global. Varios sujetos son capaces de influir en las decisiones colectivas vinculantes y éstas se toman a partir de un proceso de negociación que se fundamenta en la adaptación recíproca. En este paradigma la igual soberanía de los Estados es un factor fundamental.

Así, la organización del sistema internacional no está, por naturaleza, impuesta por los más fuertes. La organización del sistema internacional está en continua y lenta evolución, si bien ocasionalmente se pueden ocasionar transformaciones repentinas. Hedley Bull (1977 *The Anarchical Society, A Study of Order in International Society*), indicaba que la organización del sistema político internacional es el resultado de la convergencia de tres factores: el interés y voluntad común de los Estados a la hora de respetar las características fundamentales de la vida social, que garantizan la supervivencia de sujetos igualmente soberanos, las reglas de coexistencia que prescriben los comportamientos necesarios para conservar las características de la vida social y las instituciones políticas que contribuyen a la eficacia de dichas reglas.

La organización de la vida política internacional se hace a través de instituciones, véanse el derecho internacional, el sistema de grandes potencias o equilibrio de poder, la guerra, las relaciones diplomáticas formales, y las organizaciones internacionales. Las diferencias de poder inscritas en estas instituciones alimentan la organización internacional. David Mitrany (1966 *A working peace system*) parte de la observación de los procesos en curso en la primera mitad del siglo, y en concreto de la formación de las organizaciones intergubernamentales. Advierte que existe una tendencia destinada a crecer y a crear para el mundo ventajas importantes en términos de bienestar y de paz.

También existen funciones y actividades que tradicionalmente los Estados desarrollan en común y que por tanto requieren siempre de la cooperación y de la coordinación para poder llevarse a cabo. Burton (1972 *World Society*) expone que en la explicación de las relaciones internacionales son tan importantes las redes de relaciones funcionales –redes de producción, de transportes, de comunicaciones, científicas, religiosas... – como las políticas puestas en marcha por los Estados. En la base de esta concepción está la idea de superación de la identidad estatal como identidad fundamental y exclusiva de los hombres del

siglo XX. El mundo contemporáneo se caracteriza por una pluralidad de centros de identificación de los individuos –sociedad, movimientos, clases, Iglesias, empresas y comunidad. Estos sujetos colectivos ponen en marcha una malla tupida de relaciones y componen la sociedad mundial. Una sociedad mundial que tiene múltiples niveles, los locales –pueblo, ciudad y región- el estatal y el supraestatal. El tejido conectivo entre los niveles y las comunidades sociales está constituido por una espesa red de comunicaciones.

Pero los conflictos políticos y sociales actuales están fuertemente determinados por la percepción que los seres humanos tienen de su pertenencia a una o más comunidades de la sociedad mundial y, obviamente, de la circulación de las informaciones. Luego, la política de la sociedad mundial es, en consecuencia, cada vez menos una política de poder fundada sobre recursos materiales y cada vez más una política basada en las comunicaciones y en la capacidad de convencer a los otros. En los noventa Rosenau (1990 *Turbulence in World Politics. A Theory of Change and Continuity*) observaba que el mundo contemporáneo se encuentra en condiciones de turbulencia merced a la coexistencia de dos mundos profundamente diferentes entre sí: el mundo estatocéntrico y el mundo multicéntrico. El segundo, está compuesto por sujetos colectivos no caracterizados por el requisito de la soberanía. Entre los sujetos colectivos –asociaciones, empresas multinacionales...- se establecen relaciones paritarias, y provisionales. Las relaciones entre los sujetos colectivos son mucho más susceptibles de cambio de lo que lo son las relaciones del mundo estatocéntrico.

Quienes piensen que la salida a la turbulencia de la coexistencia de los dos mundos será la recuperación y el dominio del mundo estatocéntrico sobre el mundo multicéntrico, no tienen en cuenta el hecho de que muchos sujetos del mundo multicéntrico pueden, por su posición, no hacer caso de las órdenes y obligaciones impuestas por el mundo estatocéntrico. Para Mlinar (1992 *Globalization and Territorial Identities*) la permeabilidad de las fronteras en nuestro tiempo histórico se ha producido por el efecto de dos procesos opuestos: el proceso de afirmación de la diversidad y de la autonomía de los actores sociales concretos –individuos, grupos, microunidades territoriales: individuación, y el proceso de afirmación de la determinación del sistema más extenso, o sea del sistema global, sobre sistemas inferiores: la globalización en definitiva.

Como consecuencia del segundo proceso hoy en día todos los cambios sociales se sitúan en el marco global. Pero, la interdependencia rara vez es simétrica, sino que es más bien radial o asimétrica y establece estructuras de dominación y dependencia. La estructura radial o asimétrica es la responsable de la homogeneización del sistema. El proceso de globalización está caracterizado, de todos modos, por la interpenetración entre sistemas locales y sistemas globales, ya que los primeros no son sistemas cerrados y tienden a asumir las características del sistema global. El análisis del sistema global contemporáneo como sistema al mismo tiempo estatocéntrico y multicéntrico se encuentra frente a una enorme dificultad, al deber afrontar la labor de formular el marco de las instituciones y de las reglas que lo organizan y lo gobiernan.

Las teorías de la democracia internacional intentan contrarrestar la concepción meramente económica de la globalización. Si bien no niegan el proceso de unificación de los mercados en un único mercado global, sí niegan que este proceso se lleve a cabo sin la participación esencial del Estado y en contra del mismo. Los partidarios de este enfoque prefieren hablar de internacionalización de la economía capitalista con raíces nacionales bien precisas. El Estado es la palanca de la globalización económica, ya que los intereses de las empresas, aunque sean internacionales, están organizados en el ámbito estatal.

Las teorías de la democracia en el sistema internacional y de la democratización del sistema político global –tema de investigación abierto en la década de los noventa– se ocupan fundamentalmente de cuatro cuestiones: la crisis de la democracia interna provocada por los procesos de globalización, las formas posibles de democratización del sistema de Estados y del sistema global en su totalidad, las primeras experiencias institucionales de la democracia más allá de la dimensión del Estado nacional y la reducción de la violencia de los conflictos internacionales y la consolidación de la paz en grupos limitados de estados merced a la consolidación de la democracia interna.

Y llegamos a Held y a sus textos para la defensa del cosmopolitismo. David Held (1987 *Models of Democracy*) señalaba ya en los años ochenta el desafío que la globalización plantea a la democracia. La globalización arranca de los gobernantes estatales decisiones individuales o colectivas que no están sometidas al control de quienes se ven afectados por sus decisiones. En otros casos, las decisiones fundamentales las toman organismos multilaterales formados a gobiernos estatales pero no sometidos al control democrático de los gobernantes. Por ello es muy difícil garantizar a los ciudadanos la participación normal en los procesos de formación de las decisiones que les afectan.

Pero la democratización del sistema político mundial es vista de manera diferente según los autores. Papisca (1995 *Democracia Internazionale, Via di Pace. Per un Nuovo Ordine Internazionale Democratico*, Milán) indica que la oportunidad de la democratización descansa en el crecimiento de los actores no gubernamentales y de los movimientos transnacionales: organizaciones intergubernamentales de alcance planetario, que reacciona frente a acciones procedentes de actores no gubernamentales. La democratización del sistema internacional se fundamente en la realización de las condiciones que permitan el ejercicio de los derechos humanos en todo el planeta: los derechos humanos fundamentales individuales y colectivos, los civiles y políticos, los económicos y sociales, los culturales o los ambientales⁶⁷.

En general la mayoría de las organizaciones tiene una innata vocación evolutiva y tiende a un cierto grado de emancipación respecto al control de las Naciones y los Estados⁶⁸ miembro. Falk (1995 *One Human Governance. Towards a new global politics*) constata que el mundo se mueve con rapidez hacia una

⁶⁷ FARIÑAS, M.J.: *Globalización, ciudadanía y derechos humanos*. Dykinson, 2000.

⁶⁸ CORCUERA ATIENZA, J., RIPALDA, J.M. y FONTANA, J.: *Los nacionalismos: globalización y crisis del estado-nación*, Madrid, Consejo General del Poder Judicial, 1999.

altísima integración económica, cultural y política que dará lugar a una condición de geogobernación⁶⁹, o sea, a una condición en la cual todos los ámbitos de la tierra estarán sometidos a las mismas actividades y a los mismos actos de gobierno. Se producen así las condiciones bajo las cuales los Estados han forjado, mediante la geopolítica, la historia de la humanidad, basándose en su capacidad de sujetos territoriales soberanos. Una nueva forma de geopolítica, sustentada en el capital⁷⁰ y en la competencia con los Estados, está conducida ahora por las fuerzas económicas del mercado global que, en cualquier caso, no asumen una responsabilidad de gobierno del sistema global⁷¹.

Ciertamente, la sociedad actual percibe la realidad por medio de un discurso profundamente economicista. En algunos sectores dicha percepción genera malestar⁷², no en todos. Así que, digamos que si el éxito proporciona avance, la carga de nuestra herencia es un activo para afrontarlo. David Held en cambio se apoya en un supuesto bien distinto: la emergencia de un modelo de incremento de la democracia cosmopolita que aúne la ciudadanía estatal y la mundial. ¿Podría sustentar este modelo una nueva tipología de justicia global?⁷³ Las utopías postindustriales⁷⁴ tienen también sus límites, entre otros, los que dictamina el sentido común, que no es otro que el respeto hacia las condiciones ecológicas del desarrollo, frontera natural preferente para la eficiencia innovadora del hombre.

A finales de los años sesenta se abrió un debate socioeconómico, a mi juicio insuficientemente enfrentado en los estudios de la Historia, en torno a la responsabilidad de la gestión de los bienes de propiedad común en el planeta⁷⁵. Esta cuestión tiene mucho que ver con el asunto de la ciudadanía mundial. La acción ciudadana, tal como la describe Held, se circunscribe a un ámbito discreto en el que la materialidad resulta un asunto menor. Quizá se trate tan solo de desarrollar aquellos protocolos que sirvan para mediar entre las diversas culturas nacionales, comunidades de destino y estilos alternativos de vida. Puede que el

⁶⁹ MATÍNEZ GONZÁLEZ-TABLAS, A.: *Economía y política de la globalización*, Barcelona, Ariel, 2000, y NAVARRO, V.: *Globalización económica, poder político y Estado del bienestar*, Barcelona, Ariel, 2000. ARRIGHI, G.: "La globalización, la soberanía estatal y la interminable acumulación del capital", *Tareas* N°109, Panamá, 2001.

⁷⁰ BOLTANSKI, L. y CHIAPELLO, E.: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002.

⁷¹ BUZAI, YR.: *Geografía global. El paradigma geotecnológico y el espacio interdisciplinario en la interpretación del siglo XXI*, en ESTUDIOS GEOGRÁFICOS, 0014-1496, P:621.

⁷² STIGLITZ, J.E.: *El malestar de la globalización*, Madrid, Taurus, 2002.

⁷³ DÍAZ-SALAZAR, R.: *Justicia global. Las alternativas de los movimientos del Foro de Porto Alegre*, Madrid, Icaria/Interpón-Oxfam, 2002.

⁷⁴ FRANKEL, B.: *Los utópicos postindustriales*, Valencia, Ed. Alfons el Magnànim, 1989.

⁷⁵ HARDIN, G.: "The Tragedy of the Commons," en SCIENCE, n° 162, 1968, pp.1243-1248. Revisión del texto a cargo de CROWE, B. en 1969; reeditado como: GARRETT, H., y BADEN, J.: *Managing the Commons*, en W.H. Freeman, 1977, argumenta en contra de la idea de la existencia de una "mano invisible" que organiza el mundo. Ver LOMBORG, B.: *El ecologista escéptico*. Espasa, Barcelona, 2003 y su lectura de la interpretación catastrofista de los informes científicos en beneficio del protagonismo de las instituciones y organismos que hacen de la ecología la bandera de una actuación pública de rango planetario.

cosmopolitismo hoy no pueda ser nada más; que cada cual pueda encontrar su espacio en el destino global que nos ha tocado vivir.

A principios del siglo XXI sin embargo, todos sabemos que dicho ámbito tiene algo que ver con la condición física de la naturaleza humana, así que, no estaría de más considerar de qué manera el ciudadano del mundo ha de responsabilizarse y gestionar esos bienes comunes, llámense recursos si se prefiere. La negociación y el consenso se actualizan en tanto herramientas clave para, bajo las oportunas reglamentaciones, diseñar políticas globales⁷⁶. Ante la obvia fragilidad de los sistemas socioeconómicos y políticos en la historia, así como la conciencia adquirida de la misma⁷⁷, quizá sea esta una cuestión en la que merezca la pena invertir tiempo, capital y energía. Si la regulación del mundo a corto plazo ya no interesa, si la política cotidiana se ha vuelto insufrible para la mayor parte de los ciudadanos, que sienten una brutal incapacidad para manejar los hilos de este mundo sin perfil⁷⁸, tal vez merezca la pena dibujar un frente de acción a más largo plazo.

Puede que la síntesis apresurada que antecede a estas líneas no sea suficiente para hacerse una idea precisa de la composición del cuadro teórico que orienta el punto de vista sobre las cosas. Toda síntesis –además de imprescindible– acaba siendo pobre y poco útil; cualquier enfoque en el que pensemos no estará recogido en ella. Aún así, a mi juicio en nuestros días se verifica un importante conjunto de errores de comprensión con respecto al comportamiento de ambas culturas, la desigualdad/confrontación y la igualdad/cooperación en el escenario público mundial, que tiene mucho que ver con ese afán tan moderno por simplificarlo todo.

De entrada, la lectura del Espacio Público mundial como espacio de la confrontación y de la desigualdad descansa obviamente en el cuerpo teórico del realismo político más clásico, por lo general conservador. Sin embargo no debemos olvidar que no están exentas de él las así llamadas tesis de izquierdas. Las viejas propuestas de que hace bandera el marxismo o, más recientemente, la teoría del orden *versus* el caos, forma actualizada de la original geopolítica del subdesarrollo, descansan en un cuerpo de ideas que proceden de una visión confrontada de la acción del hombre. En segundo término, la lectura del espacio público mundial como espacio de la igualdad no ha de verse forzosamente como una postura antisistema. La famosa globalización, tenida hoy por muchos como un ejemplo aberrante de los extremos del capitalismo, es además el discurso contemporáneo más nítido del modelo de la igualdad.

A modo de cierre.

⁷⁶ PETRAS, J.F.: *El informe Petras: globalización y ciudadanía. De Pericles a Samaranch*, Argitaletxe Hiru, 1999.

⁷⁷ RAMONEDA, J.: *Después de la pasión política*, Madrid, Taurus, 1999.

⁷⁸ GIDDENS, A.: *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Madrid, Taurus, 2000.

Seré breve.

Poco concluyente parece un texto que termina descerrajando sobre el lector una sarta de preguntas a fin de que sea él quien se entretenga intentando responderlas. No parece muy serio, ciertamente. Pero en este caso no puede ser de otro modo.

A la pregunta de en qué manera influye la mundialización en la experiencia internacional contemporánea, o si se prefiere, si la Historia del Mundo Actual es ya un trasunto fiel de aquello que hemos denominado Historia Internacional, cabría añadir todas las que ahora apunto y seguramente algunas más: ¿siguen siendo válidos los presupuestos teóricos y metodológicos que a mediados del siglo XX hicieron posible que la Historia de las Relaciones Internacionales contemporánea fuese una disciplina académica? ¿Continúa siendo pertinente diferenciar la Historia de las Relaciones Internacionales del tiempo reciente en tanto una disciplina académica? En el caso de que así sea, ¿de qué manera podemos preservarla de ser engullida por otras disciplinas históricas que, como la Historia del Mundo Actual, hacen ya de las relaciones internacionales uno de sus cuerpos principales? Por el contrario, estaríamos dispuestos a diseñar estrategias convincentes para una inserción serie en un modelo más amplio de una Historia Reciente? La Historia Internacional se merece al menos que nos paremos a reconsiderar su naturaleza y función actuales.

Montserrat Huguet
Mayo 2006